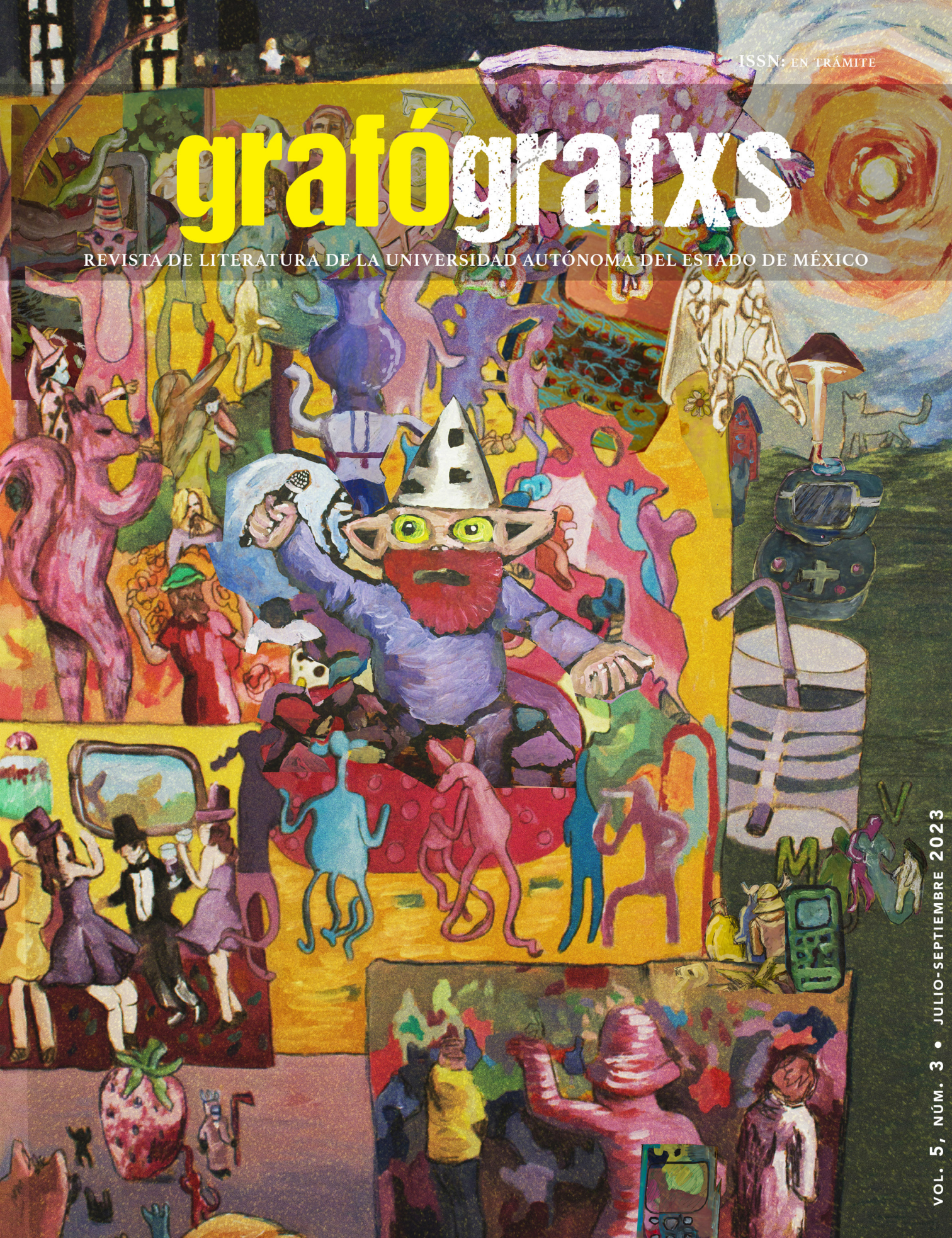


ISSN: EN TRÁMITE

grafógrafixs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



GRAFÓGRAFXS

TALLERES DE LITERATURA



TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 5, número 3, julio-septiembre de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Vania Heredia

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlailtl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 5 | <i>EN AZÚCAR DE SANDÍA</i>
(FRAGMENTO)
Richard Brautigan | 40 | <i>VENDRÁN COSAS MEJORES</i>
Daniel Centeno |
| 20 | <i>LAS RESPUESTAS. 1779 PREGUNTAS</i>
(FRAGMENTO)
Matías Moscardi | 62 | <i>PRINCESAS PARA ARMAR</i>
(FRAGMENTO)
Anaclara Muro |
| 28 | <i>JOHN BROGIO</i>
Mariel Castro | 67 | <i>EL OMBLIGO</i>
Marilinda Guerrero Valenzuela |
| 30 | <i>TURISMO DE CASAS IMPOSIBLES</i>
(FRAGMENTOS)
Karla Gasca | 75 | <i>LA RUPTURA</i>
Judith González Pérez |
| 36 | <i>DE AZÚCAR IMPALPABLE</i>
Inti García Santamaría | | |

Ilustración en portada y contraportada:

“*Los esforzados*”. Acrílico y pastel sobre madera,
collage digital (Diego Goeur).

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Black Ink Night
Montserrat Arias

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

En azúcar de sandía (fragmento)

Richard Brautigan

En Azúcar de Sandía

Así como mi vida avanza en Azúcar de Sandía, los sucesos fueron pasando una y otra vez. Te lo contaré porque estoy aquí y tú estás lejos.

Dondequiera que estés, debemos esforzarnos al máximo. Es un lugar remoto y no hay ninguna razón para venir hasta aquí, excepto por el azúcar de sandía. Espero que esto funcione.

Vivo en una choza cercana a iDeath. Puedo ver iDeath a través de la ventana. Es hermosa. También puedo tocarla y verla con los ojos cerrados. Ahora mismo hace frío y gira como algo en la mano de un niño. No sé qué podría ser ese algo.

Hay un equilibrio delicado en iDeath. Nos sienta bien.

La choza es pequeña, hecha de pino, azúcar de sandía y rocas, pero es acogedora como todo en este lugar; también es placentera como mi vida.

Nuestras vidas las hemos construido a partir del azúcar de sandía y estas han crecido al tamaño de nuestros sueños, a lo largo de los caminos guarnecidos por rocas y pinos.

Tengo una cama, una silla, una mesa y un baúl grande en el que guardo mis cosas. Tengo una linterna que arde por las noches con aceite de sanditrucha.

Eso es otra cosa. Luego te diré. Llevo una vida tranquila.

Me acerco a la ventana y miro hacia afuera otra vez. El sol brilla en los bordes de una nube. Es martes y el sol es dorado.

Alcanzo a ver los bosques de pinos. Los ríos son fríos y cristalinos; hay truchas en ellos.

Algunos de los ríos son apenas del ancho de una trucha.

Margaret

Esta mañana tocaron la puerta. Podía saber quiénes eran por la forma en que tocaron y porque los oí venir por el puente.

Pisaron la única tabla que hace ruido. Siempre pisan esa. Nunca he podido entenderlo. He pensado mucho sobre por qué siempre pisan esa misma tabla, cómo es posible que no puedan evitarla, y ahora ellos estaban parados frente a mi puerta, tocando.

No respondí a su llamado porque simplemente no estaba interesado. No quería verlos. Ya sabía a qué venían y no me importaba.

Finalmente, dejaron de tocar y regresaron por el puente y, obviamente, pisaron la misma tabla: una larga tabla con los clavos desalineados, construida hace años y que no hay forma de arreglar. Entonces se fueron y la tabla quedó en silencio.

Yo puedo caminar por el puente miles de veces sin pisar la tabla, pero Margaret siempre la pisa.

Mi nombre

Creo que estás un poco curioso por saber quién soy, pero soy uno de esos que no tienen un nombre común. Mi nombre depende de ti. Tan sólo llámame como se te ocurra.

Si estás pensando en algo que pasó hace mucho tiempo: alguien hizo una pregunta y no supiste la respuesta.

Ese es mi nombre.

Quizá estaba lloviendo muy fuerte.

Ese es mi nombre.

O alguien quería que hicieras algo. Lo hiciste. Entonces te dijeron que eso que hiciste estaba mal —lamento el error— y que tenías que hacer otra cosa.

Ese es mi nombre.

Quizá era el juego que jugabas cuando eras niño o algo que llegó a tu mente sin querer cuando eras viejo y te sentabas en una silla cerca de la ventana.

Ese es mi nombre.

O caminaste en algún lugar. Había flores alrededor.

Ese es mi nombre.

Quizá te quedaste mirando un río. Había alguien que te amaba cerca de ti. Estaban a punto de tocarte. Pudiste sentir esto antes de que pasara. Entonces pasó.

Ese es mi nombre.

O escuchaste a alguien llamando desde una gran distancia. Su voz era casi un eco.

Ese es mi nombre.

Quizá estabas recostado en tu cama, casi listo para ir a dormir y te reíste de algo, un chiste sobre ti, una buena manera de acabar el día.

Ese es mi nombre.

O estabas comiendo algo rico y por un segundo olvidaste que estabas comiendo, pero seguiste porque sabías que estaba rico.

Ese es mi nombre.

Quizá era cerca de media noche y el fuego sonaba como una campana dentro de la estufa.

Ese es mi nombre.

O te sentiste mal cuando ella te dijo eso. Se lo hubiera podido decir a alguien más: alguien que estuviera más familiarizado con sus problemas.

Ese es mi nombre.

Quizá las truchas nadaban en el remanso, pero el río sólo tenía ocho pulgadas de ancho, la luna brillaba sobre iDeath y los campos de sandía brillaban fuera de proporción, oscuros, y la luna parecía surgir de cada planta.

Ese es mi nombre.

Y quisiera que Margaret me dejara en paz.

Fred

Un poco después de que Margaret se fue, Fred llegó. Él no tenía nada que ver con el puente. Se limitaba a utilizarlo para llegar a mi cabaña. No hacía nada más en él. Sólo lo cruzaba para llegar a mi casa.

Apenas abrió la puerta, entró y dijo:

—Hola.

—¿Qué hay?

—No mucho —dijo—. Sólo aquí trabajando.

—Apenas regresé de la Fábrica de Sandía —dijo Fred—.

Quiero que vengas conmigo mañana temprano. Quiero enseñarte algo acerca de la prensa de tableros.

—Está bien —dijo.

—Bien —dijo—. Te veré esta noche en la cena de iDeath.

Escuché que Pauline va a cocinar hoy. Eso significa que habrá algo bueno. Estoy algo cansado de la comida de Al. Las verduras las hierva demasiado y ya estoy harto de las zanahorias por igual. Voy a gritar si como una más.

—Sí, Pauline es una excelente cocinera —dije.

Realmente no estaba muy interesado en la cocina en aquel entonces. Quería regresar a mi trabajo, pero Fred es mi amigo. Hemos compartido tiempos muy buenos.

Fred tenía algo que lucía extraño, se le salía del bolsillo del overol. Tenía curiosidad. Parecía ser algo que nunca hubiera visto.

—¿Qué tienes en el bolsillo?

—Lo encontré hoy cuando venía por el bosque de la Fábrica de Sandía. No sé lo que es. Nunca he visto algo así. ¿Qué piensas que pueda ser?

Lo sacó de su bolsillo y me lo dio. Ni siquiera sabía cómo agarrarlo. Lo sujeté como si al mismo tiempo fuera una flor y una piedra.

—¿Cómo lo agarro? —pregunté.

—No sé. No sé nada de esta cosa.

—Parece una de esas cosas que inBOIL y su banda solían desenterrar en la Fábrica Olvidada. Nunca he visto algo como eso —dije y se lo regresé a Fred.

—Se lo enseñaré a Charley —dijo—. Tal vez sabe algo. Él conoce casi todo lo que existe.

—Sí, sabe mucho —dije.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo Fred y puso de vuelta el objeto en su overol—. Te veo en la cena.

—Está bien.

Fred salió. Cruzó el puente sin pasar por encima de la tabla que Margaret siempre pisa y nunca puede evitar aunque el puente tuviera siete millas de ancho.

La idea de Charley

Después de que Fred se marchó, se sintió bien regresar a la escritura otra vez, meter mi pluma en tinta de sandía y escribir sobre estas hojas de madera de aroma dulce hechas por Bill en la fábrica de tejas.

Aquí hay una lista de cosas que te diré en este libro. No hay por qué dejarlo para después. También sería bueno decirte ahora dónde estás.

1. iDeath (un buen lugar).
2. Charley (mi amigo).
3. Los tigres y cómo vivían, lo bellos que eran, cómo eran, cómo murieron, cómo me hablaban mientras se comían a mis padres, cómo les respondí, cómo pararon de comerse a mis padres —aunque esto no les ayudó, ya nada podía ayudarlos— y hablamos por largo tiempo. Uno de los tigres me ayudó con mi aritmética. Entonces me dijeron que me fuera mientras terminaban de comerse a mis padres, y me fui. Regresé más tarde esa noche para quemar la choza. Eso es lo que hacíamos en esos días.
4. La estatua de espejos.
5. El viejo Chuck.
6. Las largas caminatas que doy por la noche. Algunas veces me quedo por horas en un mismo lugar, casi sin moverme (he tenido el viento detenido en mi mano).
7. La Fábrica de Sandía.
8. Fred (mi compañero).
9. El estadio de beisbol.
10. El acueducto.
11. Doc Edwards y el maestro.
12. El hermoso criadero de truchas de iDeath, cómo fue construido y las cosas que suceden ahí (es un lugar perfecto para bailar).

13. La Cuadrilla de Sepultureros, el Eje y la Plataforma del Eje.
 14. Una mesera.
 15. Al, Bill, otros.
 16. El pueblo.
 17. El sol y cómo cambia (muy interesante).
 18. inBOIL, su banda y el lugar donde solían juntarse —la Fábrica Olvidada—; las terribles cosas que hicieron, lo que les sucedió y lo tranquilas y agradables que están las cosas por aquí ahora que están muertos.
 19. Las conversaciones y las cosas que pasan aquí día con día (el trabajo, la ducha, el desayuno y la cena).
 20. Margaret y la otra chica que cargaba la linterna por la noche y que nunca se acercaba.
 21. Todas nuestras estatuas y los lugares donde enterramos a nuestros muertos para que siempre estén con luz saliendo de sus tumbas.
 22. La vida que he vivido en Azúcar de Sandía (debe haber vidas peores).
 23. Pauline (ella es mi favorita, ya verán).
 24. Y este, el vigésimo cuarto libro escrito en 171 años.
- El mes pasado Charley me dijo:
- No parece que te guste hacer estatuas o alguna otra cosa. ¿Por qué no escribes un libro? El último fue escrito hace treinta y cinco años. Ya es tiempo de que alguien escriba otro libro.
- Luego se rascó la cabeza y dijo:
- Caramba. Recuerdo que lo escribieron hace treinta y cinco años, pero no puedo recordar sobre qué era. Había una copia en el aserradero.
- ¿Sabes quién lo escribió? —le pregunté.
- No —dijo—, pero era como tú. No tenía un nombre común.

Le pregunté sobre qué eran los otros libros, los veintitrés anteriores, y dijo que creía que uno de ellos era sobre búhos.

—Sí, era sobre búhos; había un libro sobre agujas de pinos, muy aburrido, y había otro sobre la Fábrica Olvidada: teorías acerca de cómo empezó y de dónde vino.

—El tipo que escribió el libro, se llamaba Mike, hizo un largo viaje hacia la Fábrica Olvidada. Se adentró cien millas, quizá, se fue por semanas. Se fue más allá de esas Pilas altas que podemos ver en días despejados. Dijo que había Pilas más allá de esas, que eran aún más altas.

—Él escribió un libro sobre su viaje hacia la Fábrica Olvidada. No era un mal libro, era mucho mejor que aquellos que encontramos en la Fábrica Olvidada. Esos libros son terribles.

—Dijo que se perdió por días y que se tropezó con cosas que eran verdes y de dos millas de alto.

—Su tumba es esa que está por la estatua de una rana.

—Conozco bien la tumba—dije—. Él tiene cabello rubio y lleva puesto un overol color herrumbre.

—Sí, es él—dijo Charley.

Puesta de sol

Después de terminar de escribir se acercaba la puesta de sol y la cena pronto estaría lista en iDeath.

Ansiaba ver a Pauline y comer lo que había preparado, verla durante la cena y tal vez la vería después. Iríamos a caminar, quizás a lo largo del acueducto.

Entonces quizá iríamos a su choza a pasar la noche o nos quedaríamos o regresaríamos, si Margaret no derribara la puerta la próxima vez que pasara por aquí.

El sol se iba escondiendo más allá de las Pilas en la Fábrica Olvidada; estas volvieron de más allá de los recuerdos y brillaron en el crepúsculo.

El grillo agradable

Salí, me paré en el puente por un rato y miré el río que corría debajo. Tenía tres pies de ancho. Había un par de estatuas de pie en el agua. Una de ellas era mi madre. Ella era una buena mujer. La hice hace cinco años.

La otra estatua era un grillo. Yo no hice esa. Alguien más la hizo hace mucho tiempo, en la época de los tigres. Es una estatua muy agradable.

Me gusta mi puente porque está hecho de todas las cosas: madera, piedras lejanas y tablones de azúcar de sandía.

Caminé hacia iDeath a través de un largo y fresco crepúsculo que pasaba como un túnel sobre mí. Perdí de vista iDeath cuando me interné en el bosque de pinos, los árboles olían fríos y poco a poco se iban volviendo más oscuros.

Iluminando los puentes

Observé a través de los pinos y vi el lucero de la tarde. Iluminaba un acogedor carmesí que venía del cielo, ese es el color de nuestras estrellas. Aquí siempre son de ese color.

Conté un segundo lucero de la tarde en el lado opuesto del cielo, no tan imponente pero igual de hermoso como el primero.

Llegué al puente verdadero y al puente abandonado. Están lado a lado, atraviesan el río. Las truchas saltaban en él. Saltó una

de casi veinte pulgadas. Me pareció un pez agraciado. Desde ese momento supe que lo recordaría por mucho tiempo.

Vi a alguien que se acercaba por el camino. Era el viejo Chuck, quien venía desde iDeath para encender las linternas del puente verdadero y del abandonado. Caminaba lentamente porque de verdad que era un hombre viejo.

Algunos dicen que es demasiado viejo para estar alumbrando los puentes y que sólo debería quedarse en iDeath a relajarse. Pero al viejo Chuck le gusta encender las linternas y regresar a la mañana y apagarlas.

El anciano Chuck dice que todos deberían tener algo que hacer; iluminar aquellos puentes es lo que a él le toca. Charley está de acuerdo.

—Dejen al viejo Chuck alumbrar los puentes si le da la gana. Eso hace que se mantenga alejado de líos.

Esta es una especie de broma porque el viejo Chuck debe tener unos noventa años y los problemas ya lo pasan de largo con la velocidad de las décadas que ha vivido.

El viejo Chuck ya no ve bien, se dio cuenta de que me tenía frente a él hasta cuando estaba casi encima de mí. Esperé a que dijera algo.

—Hola, Chuck —dije.

—Buenas tardes —me dijo—. He venido a alumbrar los puentes.

—¿Cómo estás en esta tarde?

—He venido a alumbrar los puentes. Es una tarde hermosa, ¿verdad?

—Sí —dije—. Adorable.

El viejo Chuck se dirigió al puente abandonado y sacó una mecha de seis pulgadas de su overol y encendió una linterna en el lado del puente que miraba hacia iDeath. El puente abandonado ha estado así desde la época de los tigres.

En aquel tiempo, dos tigres quedaron atrapados en el puente y los mataron. Entonces le prendieron fuego al puente. Este sólo destruyó parte de él.

Los cuerpos de los tigres cayeron al río y aún puedes ver los huesos que yacen en los bancos de arena al fondo del río, están esparcidos por doquier entre las rocas, por allí y por allá: huesos, costillas y partes de cráneo.

Junto a los huesos en el fondo del río hay una estatua. Es de alguien a quien los tigres mataron hace mucho tiempo. Nadie sabe quién era.

Nunca lo repararon y así es como ahora lo conocemos por el puente abandonado. Hay una linterna al final de cada extremo del puente. El viejo Chuck las enciende cada tarde, con todo y que algunos dicen que ya está demasiado anciano para ello.

El puente verdadero está hecho de pino. Es un puente cubierto y siempre está oscuro al interior, como un oído. Las linternas tienen la forma de rostros.

Uno de esos rostros es la cara hermosa de un niño; hay otro: el rostro de una trucha. El viejo Chuck enciende las linternas con cerillas largas que va sacando de su overol.

Las linternas en el puente abandonado tienen la forma de tigres.

—Caminaré contigo hasta iDeath —le dije.

—No, gracias —dijo el viejo Chuck—. Soy demasiado lento. Llegarás tarde a cenar.

—Y tú, ¿no vas a cenar? —le dije.

—Ya he comido. Pauline me dio algo de comer justo antes de venir.

—¿Qué es lo que cenaremos? —le dije.

—No te diré —dijo el viejo Chuck sonriendo—. Pauline me dijo que si te encontraba por el camino, no te dijera lo que habría para la cena. Me hizo prometérselo.

—¡Esta Pauline! —dije.

—Me hizo que se lo prometiera —dijo.

iDeath

Casi había oscurecido cuando llegué a iDeath. Las dos estrellas de la tarde estaban brillando lado a lado. La más pequeña se había movido sobre la grande. Ahora estaban muy cerca, casi se tocaban, luego se unieron y se volvieron una sola estrella muy grande.

No sé si esas cosas son justas o no.

Había luces encendidas en iDeath. Las vi mientras caminaba colina abajo, al ir saliendo del bosque. Se veían cálidas, atrayentes y alegres.

Justo antes de que llegara a iDeath eso cambió. iDeath es así: siempre cambiante. Es para bien. Subí las escaleras hacia el pórtico del frente, abrí la puerta y entré.

Atravesé la sala y llegué a la cocina. No había nadie en la habitación, nadie estaba sentado en los sofás que estaban a la orilla del río. Ahí es donde normalmente las personas se reúnen en el cuarto o se paran en los árboles cerca de las grandes rocas, pero tampoco había nadie allí. Había muchas linternas brillando a la orilla del río y en los árboles. Ya casi era hora de la cena.

Cuando llegué al otro lado de la habitación pude oler algo rico saliendo de la cocina. Salí de la habitación y caminé por el pasillo que continúa debajo del río. Podía escuchar el río sobre mí, fluyendo fuera de la sala. El río sonaba bien.

El pasillo estaba más seco que nada y el aroma de cosas ricas llegaba por el pasillo desde la cocina.

Casi todos estaban en la cocina: es decir, aquellos que comen en iDeath. Charley y Fred estaban hablando de algo. Pauline se

estaba preparando para servir la cena. Todos estaban sentados. Ella estaba feliz de verme.

—Hola, extraño —dijo.

—¿Qué hay para cenar? —dije.

—Estofado —dijo—. Tal como te gusta.

—Estupendo —dije.

Me regaló una linda sonrisa y me senté. Pauline llevaba un vestido nuevo y yo podía ver los agradables contornos de su cuerpo.

El vestido tenía un escote amplio y podía ver la delicada curva de sus pechos. Estaba muy contento por todo. El vestido olía dulce porque estaba hecho de azúcar de sandía.

—¿Cómo va el libro? —dijo Charley.

—Bien —dije—, bastante bien.

—Espero que no sea sobre agujas de pinos —dijo.

Pauline me sirvió primero. Me sirvió una gran ración de estofado. Todos se dieron cuenta de que me sirvieron primero y del tamaño de la ración. Todos sonrieron porque sabían lo que significaba y estaban felices por lo que estaba pasando.

A la mayoría de ellos ya no les agradaba Margaret. Casi todos pensaban que ella había conspirado con inBOIL y su banda, aunque nunca hubo ninguna evidencia real.

—El estofado sabe muy rico —dijo Fred.

Fred metió una gran cucharada de estofado en su boca, casi derramaba un poco en su overol.

—Mmmm... rico —repitió—. Mucho mejor que las zanahorias —dijo en voz baja.

Al casi lo escucha. Miró fijamente a Fred por un segundo, pero no le entendió muy bien, porque se relajó y dijo:

—Definitivamente, Fred.

Pauline se rio ligeramente porque había escuchado el comentario de Fred y yo la miré como diciendo: No te rías muy fuerte, cariño, ya sabes cómo es Al respecto a su cocina.

Pauline asintió porque había entendido.

—Mientras no sea sobre agujas de pinos —repitió Charley, aunque ya habían pasado diez minutos desde que él había dicho algo y también había sido sobre las agujas de pinos.

Los tigres

Después de la cena Fred dijo que lavaría los trastes. Pauline dijo: “¡Claro que no!”; pero Fred insistió y, de hecho, empezó a limpiar la mesa. Levantó algunas cucharas y platos, y eso dejó en claro todo.

Charley dijo que pensaba ir a la sala y sentarse cerca del río y fumar pipa. Al bostezó. Los otros chicos dijeron que harían otras cosas, y se fueron a hacerlas.

Y por fin regresó Chuck.

—¿Por qué tardaste tanto? —dijo Pauline.

—Decidí descansar cerca del río. Me dormí y tuve un largo sueño con los tigres. Soñé que regresaban.

—Me parece terrible —dijo Pauline. Tembló y pareció encoger los hombros como un ave y puso las manos sobre ellos.

—No, está bien —dijo el viejo Chuck.

Se sentó en la silla. Le llevó mucho tiempo hacerlo. Parecía como si la silla hubiera crecido. Él estaba dentro, tan cerca.

—Esta vez eran diferentes —dijo—, tocaban instrumentos musicales y habían ido a largas caminatas en la luna. Se detuvieron y tocaron cerca del río. Sus instrumentos lucían bien. También cantaban. ¿Recuerdas qué bellas eran sus voces?

Pauline tembló otra vez.

—Sí —dije—, tenían unas voces hermosas, pero nunca los escuché cantar.

—Estaban cantando en mi sueño. Recuerdo la música, pero no recuerdo la letra. Eran buenas canciones también y no había nada que temer en ellas. Tal vez sólo sea un viejo —dijo.

—¡No, sí que tenían voces hermosas! —dije.

—Me gustaron sus canciones —dijo—. Desperté y hacía frío. Veía las lanternas en sus puentes. Sus canciones eran lanternas ardiendo con el aceite.

—Estaba un poco preocupada por ti —dijo Pauline.

—No —dijo él—. Me senté en el pasto y me agaché bajo un árbol, me quedé dormido y tuve un largo sueño con los tigres, y cantaban canciones, pero no puedo recordar qué decían. Sus instrumentos también eran bonitos. Parecían lanternas.

La voz del viejo Chuck se apagaba. Su cuerpo se relajaba hasta que pareció como si siempre hubiera estado en aquella silla. Sus brazos reposaban gentilmente sobre el azúcar de sandía.

*Traducción de Fred Castillo Dávila
y Dagmar Embleton Márquez*

RICHARD BRAUTIGAN (Tacoma, Estados Unidos, 1935). Fue un novelista, poeta y cuentista perteneciente a la generación *beat*. Su obra más conocida es la novela *La pesca de la trucha en América* (1967).

*Las respuestas. 1779 preguntas** (fragmento)

Matías Moscardi

Nunca van a vencer a mi estupidez.
SAMUEL BECKETT

¿Cómo has llegado hasta esta oscura costa? ¿Qué hace ese pingüino caminando solo en el medio de la Antártida, lejos de los otros? ¿De dónde viene el viento? ¿Un perro sabe que va a morir? ¿Y un árbol, una hoja, un sol? ¿Por qué todo tuvo que salir así? ¿Lo que hay en el plato es el corazón de Cabestán? ¿Qué buscan en el cielo esos ciegos? ¿Por qué hay días en donde, cuando salgo a correr, aguanto más y mejor el dolor que me genera el ácido láctico en los gemelos y días en los que no? ¿Es física o psicológica esa diferencia en la tolerancia de la sobrecarga? ¿Respirar por la nariz o por la boca? ¿Qué hay sobre la página antes que comience a escribir? ¿Por qué tenemos amigos? ¿Tengo amigos? ¿Qué haremos vos y yo tomados de esa mano que termina en un cuerpo que no es el nuestro? ¿Lo más importante de una cabina telefónica es el teléfono? ¿Quién no se considera indispensable en el mundo teniendo 20 000 dólares de sueldo? ¿Cuántos mundos hay? ¿Habrá que asombrarse, ante un pájaro de tres patas, de que tenga una de más o de que sea apenas una la que esté de más? ¿Cómo sé yo que esa mosca no es un lápiz que se transformó en mosca? ¿Cómo sé yo que yo no soy un lápiz que se transformó en

* Publicado en 2022 por la editorial Beatriz Viterbo.

mosca? ¿Cómo sé yo que no soy una mosca que se transformó en mí? ¿Podría entrar jamás en el club de los “otros”? ¿Quién podría certificar que mi vecino sufre más que yo? ¿Se es cómplice de la copa con la que se pierde la razón? ¿Alguien se puede enamorar de un relámpago? ¿Por qué no ser lo que soy, un oso entre los osos, un pájaro entre los pájaros? ¿Cómo lo trillado llega a ser trillado? ¿Por qué la Verdad, normalmente, no es sólo poco interesante sino antiinteresante? ¿Por qué no hay oro en todas partes? ¿No se acaba el ansia? ¿Qué fuego se apaga si uno lo alimenta? ¿Por qué antes de dormir, en esa farsa previa que de a poco se va transformando en sueño, imagino que me arrojé al vacío desde la terraza de un altísimo rascacielos y siento paz y a la vez terror hasta que lentamente comienzo a adormecerme? ¿Hay algo que corra con mayor rapidez que el pensamiento? ¿Cómo va uno a razonar con una persona que se introduce bajo una sierra circular porque los dientes son invisibles? ¿Hoy has actuado con donaire? ¿No es una falta de donaire pensar en el donaire? ¿El contramaestre tenía donaire sin saberlo, que es lo más donairoso? ¿Quién me traerá a ese quiquiriquí? ¿De dónde proviene el polvo? ¿Por qué bostezo después de correr? ¿Cómo describir, cómo captar por escrito, una cara que no tiene ningún rasgo distintivo y, sin embargo, es una cara particular, la cara de mi padre, por ejemplo? ¿El gusto gastronómico no debería ser la base del gusto estético? ¿El hecho de que no me guste la cebolla —en realidad sí me gusta, pero por poner un ejemplo— no debería constituir una homología estructural del hecho de que me guste o no tal o cual película o libro —acá no quiero poner un ejemplo—? ¿Por qué a algunas personas —no soy el caso— les gusta —por poner un ejemplo— el morrón verde cortado en “cubitos minúsculos” —la raíz cuadrada del diminutivo—, pero no lo comerían cortado en juliana? ¿La forma del corte cambia el gusto del morrón? ¿Por qué no puedo —o siento que no

puedo— estabilizarme alrededor de ningún tipo de rutina de larga duración, así como tampoco anclar mi deseo a nada que sea duradero salvo la lectura —porque ni siquiera encuentro constancia en la escritura—? ¿Por qué se apaga una luz en el agua? ¿No es estremecedor, no les parece doloroso y perturbador, que alguien tenga un piano, que sepa tocarlo perfectamente, y que en ocho años nunca jamás haya tocado otra cosa que *Murmullos de primavera*, de Christian Sinding? ¿En qué difiere el “nunca será” de lo que “nunca fue”? ¿Cómo es posible que un océano te parezca aburrido? ¿Por qué hay momentos en los cuales me genera cierta pesadumbre —incluso angustia— tomar un café, ir a cenar o reunirme con amigos y seres queridos? ¿Para qué? ¿Con qué? ¿Hacia dónde? ¿De dónde? ¿Cómo? ¿No es tontería seguir viviendo? ¿Soy una excepción? ¿Deberán los psicoanalistas del futuro reescribir el estadio del espejo de Lacan para pensar en un estadio de la selfi? ¿A quién dan de comer las conquistas interiores? ¿Cómo es que puedo usar adecuadamente algunas palabras —como “anodino” o “idiosincrático”— sin tener una noción clara de su significado? ¿Soy anodino? ¿Puede una prenda con varios lavados en los que nunca destiñó, de pronto, destiñir todas las otras prendas? ¿Se puede hablar de uno mismo entre signos de pregunta? ¿Existirá, por ejemplo, una autobiografía hecha de preguntas o alguna novela en la cual cada oración empiece y termine con un signo de pregunta? ¿Esta es mi autobiografía? ¿Nací en Mar del Plata? ¿Fui a un colegio católico? ¿Egresé transformado en ateo? ¿Estudié Artes Visuales? ¿Hice explotar un jarrón de cerámica en un horno comunitario? ¿Dejé la carrera? ¿Estudié Letras? ¿Terminé el profesorado? ¿Después me doctoré? ¿Escribí? ¿Publiqué? ¿Amé varias veces? ¿Me separé varias veces? ¿Lamí la bolsa? ¿Fui 8 años a terapia? ¿Volví a amar? ¿Tuve un hijo? ¿Sigo escribiendo? ¿Sigo yendo a terapia? ¿Esto podría ser un *bestseller*? ¿O sólo las

afirmaciones venden? ¿Las preguntas son contraeconómicas? ¿La única forma de derrocar el sistema de producción capitalista es no volver nunca, de ningún modo, bajo ningún aspecto, a afirmar jamás nada? ¿Comunicarnos con preguntas? ¿Preguntar para siempre? ¿Se puede firmar un cheque con una pregunta? ¿O un sistema productivo de preguntas es improductivo? ¿Podré fundar mi propia fábrica de preguntas? ¿Contratar obreros que se la pasen fabricando preguntas? ¿Cuál es, en definitiva, la relación entre las preguntas y la economía? ¿Alguien se preguntó esto? ¿O acabo de descubrir la pólvora? ¿Me pagarán una buena suma de dinero por dicho descubrimiento? ¿Me darán un premio? ¿O para descubrir hay que afirmar? ¿Lo afirmo? ¿Por qué no puedo llorar ante el dolor o la tristeza real y, sin embargo, me quiebro por completo ante películas estúpidas de animación para chicos del tipo *Cómo entrenar a tu dragón*? ¿Qué quedaría de nuestras tragedias si un bicho instruido nos mostrara las suyas? ¿La vida es qué? ¿Por qué quema el hielo seco? ¿De dónde viene el calor de nuestros cuerpos? ¿Preguntarme constantemente cómo me siento me garantiza arribar a un grado mayor de autoconsciencia? ¿Cuándo se va a ir esta niebla? ¿Vamos a matar al cordero? ¿Cómo desear algo que no conocemos —la muerte, por ejemplo—? ¿Por qué nos mataría el oxígeno puro? ¿Se suicidan las plantas? ¿Mueren los animales de desesperación? ¿Por qué no existen flores verdes? ¿Es cierto que a una persona sólo la conoce quien la ama sin esperanza? ¿O que ser feliz significa poder percibirse a uno mismo sin temor? ¿O que la destrucción reafirma la eternidad? ¿Cuánto mide un kilo de oxígeno? ¿El viento de la costa es más enorme que la ciudad que lo contiene? ¿Por qué se marchita al tacto la sensitiva? ¿Por qué no se pudren las papas debajo de la tierra durante su desarrollo? ¿No te hirió en el costado, más aun que la lanza, el arrepentimiento? ¿Hasta la Nada llega a traicionarnos? ¿Todo, hasta la muerte, está

mintiendo? ¿Hubiera durado más de una generación la especie humana sin la asistencia del ridículo? ¿Se imaginan qué lindo debe de ser andar por el aire montado en un elefante volador? ¿Pensó usted que un ciego obligado a manipularlo todo bajo la tiranía de la materia, tocándolo todo, se vuelve un experto de su propio mal? ¿Por qué no sentimos dolor cuando nos cortan el pelo? ¿Qué hacen esas dos moscas apareándose encima del queso de mi tostada de desayuno? ¿Habrán quedado, ahora que las espanté, imperceptibles huevos sobre el queso y crecerán sus hijos adentro mío si como la tostada? ¿De dónde viene este pequeño, la excreción de apenas dos centímetros de largo que encuentro todas las mañanas junto a las plantas del balcón? ¿Es de rata o de gato? ¿Aumentará mi paranoia si escribo en Google una frase como “Excremento de rata” para ver las imágenes que aparecen y cotejarlas con la realidad? ¿Quién —que no sea el motor de búsqueda de Google— podría reconocer, diferenciar y determinar la procedencia del excremento en cuestión? ¿Tienen un nombre los especialistas en el excremento de las plagas? ¿Podría entrar la rata al departamento? ¿Podría ya estar adentro? ¿Estoy en peligro? ¿El valor del amor es la suma de lo que se paga por él y cada vez que se consigue barato es, como en una feria de pulgas, una burda imitación? ¿La sensación de hambre se aloja en el corazón? ¿Es verdad eso que decía Faulkner que hasta para estar el día entero muerto de miedo hay que hacer fuerza? ¿Estamos, como los electrodomésticos, condenados a fallar? ¿Existe la convicción más allá del espanto o la sorpresa? ¿Qué es ese olor a quemado? ¿De dónde viene ese pitido constante? ¿Habrá cantos en los tiempos oscuros? ¿De qué modo origina la luna las mareas en los mares? ¿Qué es un martes? ¿A quién se le ocurrió el concepto de chicle y decidió dedicar su vida y la de su familia a montar una fábrica que los produzca masivamente para toda la eternidad? ¿Cuánto falta? ¿Falta algo? ¿Qué falta? ¿Dónde falta

y, sobre todo, cuándo? ¿Siempre falta o falta a veces? ¿Y si no faltara? ¿Pasó algo? ¿Qué pasó? ¿Y si dejo que el viento me empuje? ¿Por qué todavía recuerdo la forma exacta del eco que se producía en el pasillo exterior de la casa de los vecinos de mis abuelos con cada pisada? ¿Influye el sol de la misma manera que la luna en las mareas? ¿Puede una manzana dejar de existir? ¿Cuándo deja de existir una manzana? ¿Cómo se vuelve tolerable lo intolerable? ¿Un electrón es como una pregunta o una pregunta es como un electrón? ¿O cada cosa, cada ser, es una pregunta de sí mismo? ¿Por qué me ladran a mí, y no a otros, esos perros cada vez que paso cuando corro por la costa? ¿Es el color rojo de mi buzo? ¿O es por la capucha? ¿Es que ven mi aura baqueteada? ¿Huelen un embrujo o tengo olor a carne cruda? ¿Por qué avanzan y se retiran las aguas de los mares? ¿Cómo relatar algo sino *a posteriori*? ¿Es que realmente no se puede expresar nada en el momento de su nacimiento? ¿Es que nunca nadie será capaz de transmitir el balbuceo del momento que nace? ¿Por qué razón si hemos salido del caos no podemos nunca entrar en contacto con él? ¿Seguirá la Tierra moviéndose siempre a la misma velocidad? ¿Cuántas frases pueden formarse con las veinticuatro letras del alfabeto? ¿Habrán estrangulado algo esos dedos? ¿Por qué no se mezcla el aceite con el agua? ¿Cómo se transforma un cadáver absurdo en un cadáver lógico? ¿Todo puede encontrarse en el caldero sin fondo de los acontecimientos? ¿En qué lengua moriré? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo saber? ¿Qué dice el general cuando el general soy yo? ¿Qué más da descubrir un tormento en cada pelo de la barba? ¿Qué significa hambre cuando tengo hambre? ¿Significa lo mismo un estornudo cuando estornudo que cuando no? ¿Es el mismo estornudo el que viene por inercia que aquel interrumpido que se busca concentrando la mirada en el centro iridiscente del sol? ¿Por qué confié en la esperanza? ¿A quién

llamar por teléfono? ¿Por quién morir? ¿A quién apelar con esta mentira? ¿Habrá una segunda oportunidad detrás de esos *shoppings* hipertecnológicos gigantes como montañas? ¿De dónde obtienen las flores su perfume? ¿Es vacía y extraña la razón de sentarse y comer y estar juntos y marcharse después? ¿Cómo les fue posible padecer lo real en el centro de sus propias cabezas? ¿Cómo evitar sospechas? ¿Habrá descanso? ¿Cómo será la fábula de las preguntas? ¿Quién es esa niña? ¿Cómo se llama? ¿Obedecerá a su madre que le pidió el favor de entregar una encomienda para su abuela? ¿Atravesará el bosque? ¿Cuántos árboles son necesarios para conformar un bosque? ¿Dos árboles son un bosque? ¿Tres? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿Hay un número preestablecido? ¿Cómo se llama el bosque cuando excede el número preestablecido de árboles que conforman un bosque? ¿Habrá uno o más caminos posibles? ¿Una huella es un camino? ¿O sólo una superficie pavimentada es un camino? ¿Con botas de siete leguas el camino es el mismo o se transforma en otro? ¿La niña encontrará al lobo? ¿La abuela estará viva? ¿O se la habrá comido el lobo? ¿Un leñador salvará a la niña? ¿Alguien habrá filmado alguna vez a un lobo comiéndose a una abuela? ¿Alguna vez una abuela se habrá comido a un lobo? ¿Alguien habrá filmado a un leñador abriéndole la panza a un lobo para meterle pesadas piedras y arrojarlo al río? ¿Qué pensarán de esto las asociaciones protectoras de animales? ¿Saldrá en los diarios la noticia del asesinato? ¿Qué hace esta ropa tirada en el piso? ¿Quién puso los cuchillos junto con las cucharas? ¿Qué es un “genio maligno”? ¿Me pregunto, luego pregunto? ¿De dónde vendrán las moscas que veremos el próximo año? ¿Las preguntas están al principio o al final del lenguaje? ¿Me sangra la nariz? ¿Tendré que ir al médico? ¿Un médico es la solución a la pregunta de si me sangra la nariz? ¿Qué lugar ocupa un médico en la pregunta “¿Me sangra la nariz?”? ¿Por qué es oscura la noche y

brillante el día? ¿Cómo preguntan los perros? ¿Y los gigantes? ¿La gente dientuda pregunta igual que la gente gorda? ¿Las personas bellas preguntan? ¿O sólo los feos preguntan? ¿Y los pelados, mientras tanto, qué hacen? ¿Qué preguntan los ciegos? ¿Cómo preguntan los mudos? ¿Qué escuchan los sordos? ¿El Amo pregunta como un Esclavo? ¿Los Esclavos pueden hacer preguntas? ¿A quiénes van dirigidas las preguntas del Amo? ¿Y las del Esclavo? ¿Dónde puedo encontrar un chirimbolo? ¿Y un pituto para clavar un cable? ¿Y un coso para que el chiflete no se filtre por la ventana? ¿Un árbol es un árbol o un gran número de rayos de luz que se propagan desde el supuesto árbol hasta mis ojos, complejas señales eléctricas pululando dentro de las células de mi nervio óptico y que se transmiten por reacciones químicas a la persona que declara ver el árbol —en este caso yo—? ¿O no lo veo? ¿Existe un árbol en la oscuridad? ¿La oscuridad existe en un árbol? ¿Existe un árbol en un sueño? ¿Sueñan los árboles? ¿Con qué? ¿Los árboles sueñan —si es que sueñan— con otros árboles? ¿Qué determina que el colapso visual del que mira el árbol se produzca a $X=7m$ o bien a $X=8m$? ¿Por qué, entonces, divulgar la física cuántica? ¿Cómo hago para frenar esto? ¿Por qué no está nunca el mar enteramente en calma? ¿Dónde está el viento cuando no sopla? ¿Se abrió en mí el caudal idiota de la inercia?

MATÍAS MOSCARDI (Mar del Plata, Argentina, 1983). Es investigador del CONICET y doctor en Letras por la UNMDP, donde trabaja como docente. Entre los libros que ha publicado se encuentran *El Gran Deleuze para pequeñas máquinas infantiles* (Beatriz Viterbo, 2021) y *Las respuestas. 1779 preguntas*. (Beatriz Viterbo, 2022). Junto con Andrés Gallina publicó *Diccionario de separación. De Amor a Zombie* (Eterna Cadencia, 2016) y *Guía maravillosa de la Costa Atlántica* (Random House Sudamericana, 2022).

John Brosio

Mariel Castro

1

Hoy me casé en un McDonald's de Mojave,
arrasado la noche anterior por unos payasos locos.
Ronald era el sacerdote.
“¿Estás dispuesto a morir
por ella?”
Temeroso, contesté que sí.
“Los declaro marido y mujer”
y nos dio la bendición con su .38.
Hoy ella luce hermosa y feliz.
Mis testigos, una pareja de cocodrilos
hambrientos,
esperan las
hamburguesas de *T. rex*.

2

Los extraterrestres
aman los productos lácteos.

El queso en todas sus presentaciones
fortalece sus garras.

La leche mantiene su piel hidratada.

Abrazar,
cepillar
y pastar todos los días.

Dan carne Kobe en la cena de los aliens.
Otras naves se enteraron,
quieren llevarse a las vacas recién bañadas.

Yo sólo veo
una guerra espacial
que se avecina.

MARIEL CASTRO (Toluca, Estado de México, 1987). Es licenciada en Comunicación por el IUEM y estudió fotografía de arte, retrato, desnudo y producto en la escuela Woody Allen, en la Ciudad de México. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

Turismo de casas imposibles **(fragmentos)**

Karla Gasca

Lavado de cabello

Hace poco fui a que me cortaran el cabello y la estilista me lavó la cabeza con una muestra de champú caro, muy diferente al que yo uso. Sentirlo expandiéndose sobre mi cuero cabelludo no me gustó nada. Mi cabeza olía a otra cabeza, a una ambiciosa con el pensadero repleto de ideas útiles, llena de conocimientos prácticos, habilidades matemáticas, recuerdos agradables y lenguaje correcto. Una cabeza sana, equilibrada, con olor a melocotón. En cuanto llegué a la casa la metí bajo el chorro de agua fría y vertí sobre ella medio frasco del champú de siempre. El alivio llegó rápido y el desorden regresó acompañado de un cúmulo de espuma.

La playa

Cuando tenía veinte años acampé en una playa virgen. Quebrantamos propiedad privada, caminamos por horas en la selva hasta llegar a la orilla del mar. Encontramos arena blanca, agua clara y torsos desnudos, morenos y brillantes. Hombres bellos que tensaban sus músculos con un ligero movimiento del cuello. Pronto anocheció. Teníamos hambre y esos hombres jóvenes como

nosotras, con torsos, brazos y piernas fuertes, se metieron al mar. Recuerdo que todo estaba oscuro y los imaginé ahogados en la negrura, pero aparecieron un par de horas después con tres langostas gigantes. Las mataron azotándolas contra unas rocas hasta romper su coraza y cortaron su carne con navaja. Olían deliciosas al fuego, pero no pude comerlas. Abracé la botella de vodka y me quedé dormida sobre la arena. Me despertó la resaca y los cangrejos diminutos que caminaban por mis brazos y piernas. De nuevo los torsos desnudos, mojados, trepando palmeras, bajando cocos para el desayuno. Recordé a los chicos blancuzcos e insípidos que conocía de la ciudad, que apenas lograban atarse las agujetas de los zapatos. Estos buceaban de noche y cortaban cocos con machete. Los miraba y ajustaba mi cuerpo en la arena a la espera de que algún cangrejo extraviado diera un paseo por mi vientre.

Ese día me pregunté a qué sabe la carne de langosta y juré regresar, libre de culpa, a probar esa y otras delicias del mar.

Armónica El Centenario

A los Franciscos

Mi abuelo Francisco pasó los últimos años de su vida en un asilo para ancianos. Recuerdo que mi papá, quien también se llamaba Francisco, guardaba una armónica en el cajón de la esquina de la sala y únicamente disponía de ella cuando íbamos a visitar a mi abuelo, lo cual sucedía un par de veces al año. Mi abuelo tenía demencia y le costaba trabajo reconocer a su familia, aunque yo a veces pensaba que no era por la enfermedad. Mis tíos le regalaban cigarrillos y yo debía estar atenta para quitarle el cigarrillo justo antes de que se consumiera, para que no se quemara aún más los

dedos amarillos. Yo era una niña que no rebasaba los diez años y muchos de los ancianos del asilo mostraban entusiasmo al verme a mí o a mis primos, que apenas entendíamos lo que era esa casa gigante con paredes color verde esmeralda y una Virgen de la Luz adornando el comedor. Creo que veían en nosotros el reflejo de sus hijos cuando eran pequeños, o se inventaban nietos imaginarios, o bien, recordaban a esos nietos que sí existían, pero ya no los visitaban. Lo cierto es que mi abuelo apenas nos reconocía, poca cosa recordaba ya de días pasados, pero la memoria se activa de formas misteriosas, y cuando mi padre le ofrecía la armónica El Centenario, mi abuelo la tomaba entre sus manos y después de observarla se la llevaba a los labios y comenzaba a soplar. Nunca he vuelto a escuchar música parecida; jamás he conocido a nadie que toque la armónica con ese entusiasmo frenético. Mis piernas se movían poseídas por el ritmo de un *blues* endemoniado; mi padre aplaudía, pocas veces lo veía tan feliz, y por un momento aquel lugar triste con olor a orina y humedad se transformaba en un sitio luminoso. La música penetraba en las paredes, subía por las escaleras, se colaba en cada habitación y hasta el viejo más sordo parecía disfrutarla. La fiesta improvisada llegaba a su fin cuando alguna de las monjas del asilo pedía guardar silencio y nos recordaba que los visitantes pronto nos tendríamos que retirar. Una vez en casa, papá guardaba la armónica en su cajón, detrás de los casetes de Cat Stevens y Santana.

Mi abuelo murió un día que no era de visitas. Estoy segura de que esa música, interpretada desde la ambigüedad de la demencia, entre la melancolía y la dicha inconmensurable, continúa resonando en las paredes del asilo.

Arquitectura orgánica

A veces olvido el valor de la tranquilidad. Poco a poco me he acostumbrado al horrible sonido de la bomba de agua destaralada. Aquí las paredes parecen de papel. No me sorprendería que en cualquier momento alguien se recargue y caiga de bruces dentro de mi habitación. El tufo de las cebollas picadas hace llorar al resto de los inquilinos. Cuando atacan los problemas de ansiedad, las cosas se agravan. Procuero familiarizarme con algunos sonidos con humilde resignación, incluso logré ignorar aquellos ruidos imprescindibles: martilleos, llantos de niños, hasta discusiones. El truco está en aislarse dentro de los sonidos propios y molestar de igual manera al prójimo. Podría haber seguido así, inmersa en mi propio silencio, de no haber llegado un mayor distractor. El increíble rechinar de la cama por encima de mi cabeza supera por mucho el ruido de la bomba de agua. El techo desprende pequeños trozos de yeso que caen sobre mi frente y nariz. Reconozco que se trata de un sonido rítmico, casi musical. Me entretengo prendiendo y fumando un cigarro tras otro mientras continúa la feroz odisea jazzística. No deja de sorprenderme la vigorosidad con la que mis colindantes relatan sus historias amorosas. Una salvaje y surtida acción melódica con matices de gemidos y gritos en horas en las que los oídos son muy poco tolerantes.

En otras circunstancias aquel escándalo me hubiera resultado cómico o hasta estimulante, pero la apatía y el anhelo del sueño profundo me hacen arrullar el cigarro entre los dedos y merodear los cansados ojos que flotan en bolsas negras e hinchadas. Creía ingenuamente que aquello no duraría mucho; estaba muy equivocada. Terminé por resignarme, por formar un trío de manera indirecta con mis vecinos, por despreocuparme de los sonidos y

sus causas, dejando que el yeso se acumule sobre mi frente hasta formar una pequeña montaña nevada.

En familia

Mamá y yo robamos cosas del supermercado. Hay familias que se reúnen todos los domingos alrededor de una carne asada. Tíos, abuelas y primos que hablan de su último viaje a la playa o discuten quién será el próximo en ir a la tienda por una Coca Cola de litro, pero nosotras, que somos nuestra única familia, jugamos póker los sábados por la noche y robamos jabones, esmalte de uñas y mayonesa del supermercado. Caminamos por los pasillos como lo hacemos por la vida, con la cara en alto.

Los vecinos me juzgan por solterona y a mi mamá la consideran una vieja amarga, pero nada de eso nos importa; hace mucho que cargamos solas el garrafón con agua. Tampoco es que tengamos la necesidad de robar. Es más bien un ritual que nos mantiene unidas. Tenemos nuestra técnica y nos comunicamos con la mirada cuando advertimos la presencia de algún guardia vestido de civil. Fue mamá quien me enseñó a lavarme los dientes y ahora yo la instruyo para identificar las etiquetas que activan la alarma a la salida. Me encanta ver su sonrisa, esa que asoma cuando saca la mantequilla de la bolsa de su chamarra y aplaudo como si acabara de ver un acto de magia. Me gusta verla feliz, aunque la mantequilla se derrita y nunca lleguemos a untarla en el pan que sí pagamos porque es demasiado grande para esconderlo.

Un día mamá encontró a una niña abandonada en un carrito del supermercado. Estaba en el pasillo de enlatados con la cara cubierta de lágrimas. Buscamos a su madre por la sección de carnes frías, por la panadería y congelados, pero no la encontramos.

Decidimos llevarla a casa junto con una caja de galletas que nos ayudó a esconder debajo de su cuerpo. Cada vez que regresamos al supermercado la llevamos con nosotras por si aparece su madre, pero en el fondo deseamos que eso no pase. Estamos contentas de tenerla en casa. Jugamos con ella y la llevamos al parque. Disfrutamos viendo cómo se divierte cuando mi madre hace su truco de magia y saca de la bolsa el montón de dulces que robó para ella.

KARLA GASCA (León, Guanajuato, 1988). Es licenciada en Cultura y Arte por la Universidad de Guanajuato. Textos suyos aparecen en las revistas *Ritmo*, *Imaginación y Crítica* y *Tierra Adentro*, así como en las antologías *Para leerlos todos* (2009), *Poquito porque es bendito* (2012) y *Presencial, memoria del encuentro entre colectivos literarios del Seminario Amparán* (2021). En 2022 obtuvo el apoyo del PECDA en la categoría Jóvenes Creadores y el primer lugar en el Tercer Certamen de Cuento Corto de la Casa de la Cultura Efrén Hernández. Es autora de *Turismo de casas imposibles* (Los Otros Libros, 2023).

De *Azúcar impalpable*

Inti García Santamaría

Funfetti cake

Cuando miro
las velas
de cumplir años
mi vida
la jacaranda
al apagarse
al encenderse
al volver a apagarse
pienso
qué poco duran
las flores
al apagarse
las velas
al encenderse
mi vida
al volver a apagarse
la jacaranda
al encenderse
las flores qué poco duran
al volver a apagarse

Las nuevas siete maravillas del mundo moderno

Así como las postales
de las siete maravillas
evitan mostrar sus alrededores
—ciudades sobrepobladas,
casinos,
un llano lleno
de basura—, el poema
¿qué ignora, con qué
es omiso? El antiguo
lugar ceremonial
¿hoy de qué
se rodea?
Cuando el poema
se limita a ser
otra vez la misma postal,
la poesía
queda fuera de cuadro.

Sad sierreño del corrector de estilo

Quise escribir sobre el asalto bancario
que ocho jóvenes guerrilleros
realizaron el 30 de octubre de 1970,
pero tuve que corregir
una serie de notas sobre el programa de puntos
de la tarjeta de lealtad de una aerolínea.

Quise escribir sobre los disfraces,
las pelucas, la ropa de colores
que usaron los militantes del Frente Urbano Zapatista
durante su incursión en el banco de avenida Coyoacán,
pero tuve que corregir una serie de notas
sobre créditos para empresas.

La prensa condenó la participación de mujeres.
El grupo fue detenido quince meses después.

Quise escribir sobre un operativo insurgente,
pero tuve que corregir contenido institucional.

Horizonte rojizo

Salí de la librería de viejo y miré el Ajusco.
La zona más alta de una montaña al oscurecer
es lo último en apagarse.
Los autos recorrían una avenida de noche,
pero la cima permanecía iluminada.

Algo así pasa en las nubes.
A diferencia de la ciudad ya anochecida
y el puerto aéreo que opera en oscuridad,
cuando el avión las atraviesa,
encima de ellas todavía resplandecen
kilómetros de cumulonimbos.

Las horas que viví con ustedes
serán lo último en oscurecer
cuando todo lo demás se haya apagado.

INTI GARCÍA SANTAMARÍA (Nezahualcóyotl, Estado de México, 1983). Es autor de *Corazoncito* (Compañía, 2004), *Hasta aquí nada pudo separarme del cielo* (Juan Malasuerte, 2010), *Nunca cambies* (Aldus, 2011), *Évelyn* (Dharma Books, 2018) y *Azúcar impalpable* (Dharma Books, 2022). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (2021-2024).

Vendrán cosas mejores

Daniel Centeno

Mis amigos gastaban dinero en muchas cosas, pero no podían permitirse un terapeuta. Ahí entraba yo. Les canté que no había dado terapia nunca ni estudié psicología para atenderlos, pero no les importó: querían ayuda y no podían pedírmela como amigo, porque como amigo iba a aconsejarlos y ellos no querían consejos.

Como todo lo demás falló, les dije que no podía ser su terapeuta porque era su amigo, pero ellos no sabían nada de ética. Dijeron que era un invento.

Todas las cosas son un invento, les respondí.

Las flores no son un invento, cuchichearon a coro. Tampoco la Tierra. ¿Vas a decir que la Tierra es un invento?

Alejandro incluso se atrevió a decir:

Alguien que cree que la Tierra es un invento no puede ser mi terapeuta.

Los demás asintieron.

Así que tuve que ser su terapeuta.

La mayoría de ellos no sabían los nombres de los otros hasta que una tarde, con la excusa de una fiesta sorpresa que iban a hacerme, me recibieron en un salón lleno de sillas puestas en círculo, en donde estaban sentados.

¡Sorpresa!, dijeron.

En lugar de una lona con un ¡Felicidades!, encontré una que decía ¡Terapia!

Así que aquí estamos, pensé, escuchando a mis amigos; no como si fueran ellos mis amigos, sino otras personas, desconocidos que me estaban pagando, aunque no iban a pagarme nada.

¿Y qué se supone que coma luego de estas sesiones si no traigo dinero?, les dije una vez, esperando remover un poco sus conciencias.

Yo traigo galletas, respondió Jessica.

No te hace falta comer, sino hacer dieta, dijo Alejandro.

En el fondo siempre he sabido que me quieren; tanto me quieren que confiaron en mí para algo tan importante, como es su salud. Pero yo no podía hacer mucho por ellos.

Además de ser mis amigos, tenían algo en común.

La gente no debería de andar por ahí enseñando sus mocas, cuando son una cosa tan privada, dijo Alejandro.

Luego Jessica: Qué asco, no toques cosas ajenas si no sabes dónde han estado.

Pero como Alejandro no puede estarse callado, por supuesto, añadió: ¡Pero si ya todos sabemos dónde estuvo! ¡En la muerte!

Así se comportaron todo el tiempo durante la primera sesión.

Son todo un tema, las mocas. Para ellos lo eran especialmente. Algunos las aceptan mejor que otros.

Jorge también iba a las sesiones, más por acompañarme que por necesidad. Él había llegado a mi fiesta sorpresa pensando que de verdad era una fiesta, o eso me dijo en cuanto lo vi. Cuando se dio cuenta de qué se trataba, se quedó conmigo. En las sesiones permanecía callado y prestaba mucha atención a todo el mundo, pero sobre todo me miraba: era su único amigo de entre todos ellos y su único amigo en general, como una especie de reiteración afectiva.

A la salida de la primera sesión, se pegó a mi hombro muriéndose de la risa y me dijo:

Tus amigos están locos y tú no podrás hacer gran cosa por ellos. ¿Sí lo sabes, verdad? Necesitas estar bien tú primero.

Por supuesto que yo sabía que estaban locos, y si no lo supe hasta ese día, ya era imposible ignorarlo. Se habían puesto gafetes a tono con la fiesta y con la terapia grupal. Se pararon y dijeron sus nombres, luego los repitieron en coro como si se tratara de un grupo de alcohólicos anónimos.

¡Así no es la terapia grupal!, les había dicho.

Pero ellos ya tenían su propia visión de la terapia y no iban a dejar que yo interfiriera. Era todo un teatro, por supuesto; pensé que no duraría más de una sesión. Incluso creí que había sido una especie de broma en honor a mi cumpleaños, como el gran chiste que resultaba que mi vida fuera un desastre mientras me dedicaba a ayudar a otros.

Ya lo sé, ya lo sé, le dije a Jorge.

Luego de la primera sesión me invitó a cenar una hamburguesa y una cerveza, que empiné a mordidas y largos tragos como si fuera mi última cena. A lo mejor estaba por morirme y no lo sabía. Era posible que aquella escena hubiera sido el sueño que tienen los muertos antes de extinguirse: un gran grupo de apoyo que acaba por hundirte, como para que no te quepa duda de que ya te vas.

Pero Jorge y yo sabíamos la verdad. Ambos habíamos estado ahí. En la muerte no hay ningún grupo de apoyo, ni siquiera personas. Sólo objetos. Si las personas intervienen, es sólo gracias a lo que permanece: la memoria puede olvidar, pero los objetos recuerdan. Un gran museo de todas las cosas, eso es la muerte. Una galería, si se quiere, aunque su solemnidad y su función parecen más las de un museo. Una exposición permanente de todo cuanto no ha existido en todas partes, en todo momento, o de lo que existió, hasta que ya no.

O quizá sólo es un montón de cosas.

Los objetos que residen en la muerte tienen muchos nombres. *Deathys*, les dicen los ingleses, como de cariño burlón. Acá les decimos mocas. Alguien trató de ponerles obuejos, como haciendo referencia a los objetos y la muerte, pero no pegó. Mocas sonaba más *cool*.

¿Cómo está tu moca?

Muy bien, gracias.

Era pegadiza, fácil de poner en canciones.

Toma tu moca moca moca, de la muerte que se esconde, tu ru ru, tu ru ru.

Pero eso no significaba nada.

A Jessica no le gustaba decirles mocas porque en su trabajo de docente tenía que mencionarlas a cada rato. Les gritoneaba a los niños, en el tono más amable posible, que por favor no se robaran la moca de sus amiguitos, y que la moca no iba en la boca y cosas que sonaban muy mal en voz alta.

Así que les decía moritos.

¿Moritos?, le pregunté en la terapia la primera vez que les dije así.

Hola, mi nombre es Jessica y estoy harta de los moritos.

Hola, Jessica, dijo el coro.

¿Por qué moritos?, insistí cuando terminó de presentarse.

Tu trabajo como terapeuta no es cuestionar por qué le digo como le digo a las cosas, ¿o sí?

Todos estuvieron de acuerdo con ella, así que no insistí más.

Tráiganle otra hamburguesa y otra cerveza a mi amigo, por favor, que se está muriendo, le dijo Jorge al mesero, que me veía con una sonrisa en la cara, como si supiera que iba a volverlo rico. Aun así no me trajo nada, y tuve que pedírselo yo para que al fin nos hiciera caso. A partir de entonces iríamos ahí cada semana,

saliendo de la terapia. Jorge me escucharía atento durante una hora, quejándome de todos, incluso riéndome de mí. Él también se reía de mí o conmigo, según se vea. Yo quiero ser optimista.

Lo mejor que puedes hacer por tus amigos es ayudarles a darse cuenta de que sí tienen dinero para terapia, y que no es eso lo que quieren de ti. Que tú necesitas ayuda.

¿Necesito ayuda?, le pregunté.

Mis habilidades de análisis se habían muerto. Hasta mi moca parecía deslucida, como si de tanto hablar de las suyas hubiera perdido su vitalidad. Claro que decir que las mocas tienen vitalidad es doblemente extraño: porque son cosas y porque vienen de la muerte.

Pero ¿qué son al fin y al cabo?

Giré mi moca entre mis dedos y bebí lo que le quedaba a mi cerveza sin decir nada.

Durante las sesiones, Alejandro era el primero en decir algo:

Yo creo que las mocas deberían quedarse en donde están. Por eso están en la muerte, ¿no? Además, ¿quién nos dice que realmente es el reino de la muerte? Igual más vale no tocarlas, para qué el arriesgue, pero uno nunca sabe al final.

Viridiana pensaba que las mocas eran las pequeñas crías de la muerte tentando a la gente a volverse loca y matarse. A mis amigos les causó morbo su teoría, así que quisieron escuchar más.

Ella nos contó:

Mi madre se murió una tarde porque un idiota con un auto le dio con todo y se le fue todo el aire. Casi casi podíamos verlo, encima de ella, como el alma que dicen que uno tiene. Pero era el humo del carro que había patinado las llantas. Los paramédicos llegaron y comenzaron a reanimarla. Cuando volvió, mi madre se puso a escupir una pequeña pelota de muchos colores. Así, nada más, como si hubiera sido una bola de pelos que hubiera tenido

siempre en la panza. Abracé a mi madre, feliz de que estuviera viva. Pero ya no ha sido igual desde entonces. Sigue jugando con la pelota, que brilla cada vez que la arroja y cada vez que la sostiene. Nunca parece tener el mismo color. He tratado de que la suelte, de dársela al perro incluso, para que juegue con ella. No es que no quiera al perro, pero de mi madre al perro, la prefiero a ella. El perro ni se le arrima. La verdad es que he tratado de quitársela yo misma, pero siempre la trae consigo. ¿Tú qué crees que le pase? Pareciera tratarla como si fuera su bebé, no se le despegaba. Temo que mi mamá se esté volviendo loca.

De pronto todos me miraron, pero yo no sabía qué decir. Así que hice preguntas:

¿Le has dicho esto alguna vez a tu madre?

¿Qué cosa?

Que te inquieta que vaya con su moca a todos lados.

No se lo he dicho, pero no tendría por qué decírselo así. Ya le he dicho: mamá, ya deja esa cosa. Mamá, ven, mira, compré otro juego de mesa. Mamá, ¿no vas a lavarte las manos?

Jorge me veía desde el otro lado del salón, con los brazos cruzados, alzando las cejas. Parecía decirme *Este es tu momento, díselos*. Pero tenía que demostrarles que estaban locos por pedirme ayuda, no por haberla pedido.

Todos comenzaron a cuchichear como siempre.

Entre tragos, Jorge me había preguntado la semana anterior:

¿No te sientes más cercano a todos ellos? ¿No estás listo para decirles que los necesitas?

La verdad es que me siento más lejos, le dije. Siento que no los conozco.

Pues conócelos, me dijo.

Así que aquí estamos, pensé, rodeado de mis amigos, respirando hondo.

¿Alguna vez le has pedido a tu madre que te invite a jugar con su moca?, le pregunté a Viridiana.

Todos se quedaron en silencio otra vez.

No, nunca se lo he pedido.

¿Qué es lo peor que podría pasar si se lo pides?

No sé, que me muera.

¿Sabes de alguien que se haya muerto por tocar una moca?

Comenzaron a negar con la cabeza. Todos, incluso Alfredo, que no había dicho nada en todo ese tiempo.

¿Qué hacía tu mamá antes de jugar con su moca?

Jugaba conmigo.

Nunca la vi tan incómoda. Me resultaba tan poco familiar, mi amiga, a la luz de eso que no había podido decirme como amigo. En el fondo no podía sorprenderme por su silencio: seguramente yo le había fallado en mi papel, y sólo al fingir que yo no era el de siempre podía contarme algo importante, algo que verdaderamente era ella. Siempre había sido la chica independiente y segura que parece que hace todo sola, y aunque había tratado de jugar con su madre, comprando cada vez más juegos de mesa, no lograba convencerla del todo de volver a compartir su tiempo con ella.

Es como si mi madre no quisiera divertirse conmigo, me dijo. Como si yo no fuera la indicada.

¿Alguna vez jugó contigo a la pelota?

Nunca.

Quizá no lo recuerdas.

Recuerdo muy bien, me respondió cortante. Y supe que recordaba, aunque no quería hacerlo.

Ya no dijo más.

Esa noche Jorge me invitó al bar de siempre y se quedó callado hasta que yo hablé.

Sé lo que vas a decirme.

¿Ahora ya eres telépata?, me preguntó. ¿Tu moca también te permite hacer eso? A ver.

La tomó del bolsillo de mi pantalón metiendo su mano con teatralidad, como si fuera a sacar un conejo de un sombrero sólo para descubrir que el conejo había estado muerto toda la función.

A ver, cosita de la muerte, dame tu sabiduría. Hmmmmm, quiero leer la mente.

Ya basta, le dije.

Había tenido miedo de que la tocara. No sabía si él podría ver. Me quedé observando con calma cada gesto suyo esperando una reacción, incluso el menor espasmo. Jorge ni se inmutó. Su sonrisa seguía tan burlona como siempre, o como lo había sido las últimas semanas, desde que retomamos contacto, luego de que morí y regresé a esta vida.

Mi moca es un dado de muchas caras. Todas son iguales, así que nadie logra entender cuál es el punto, cuál es el resultado que debo obtener con ese juego. No dejo que nadie la toque. Jorge me regaló un dado parecido cuando éramos muy jóvenes, esperando darme un poco de alegría. Habíamos pasado por un infierno juntos. Era mi mejor amigo, después de todo.

Jorge tenía su moca en la mano. O lo que según él debía ser su moca, porque la llevaba siempre consigo. La suya era un botón de videojuego, algo diminuto y ridículo que pasaba desapercibido de no ser porque si lo ponía en un control... ganaba siempre.

O eso es lo que él me decía.

Qué fea palabra, ¿no crees? Moca. Deberíamos hacer como tu amiga e inventarnos otra.

A lo mejor, le dije. Mágico y moca suenan muy mal juntas, por ejemplo. Es obvio que mientras se llame así no podrá tener magia.

Es la ridiculez más grande que has dicho, y eso que hoy diste terapia estando al borde del suicidio, me respondió.

¿Quién dijo que voy a suicidarme?, le reclamé.

En la siguiente sesión, Viridiana fue la primera en tomar la palabra. Nos contó que durante la semana se había acercado a su madre, esperando comprender por qué estaba tan unida a la pelota.

Al final no logré sacarle nada.

No tienes por qué sentirte mal, le dije. Es algo que podrás ir trabajando poco a poco.

Pero Viridiana no parecía molesta, ni siquiera decepcionada, aunque lo que había dicho iba en contra de todos sus planes.

No me siento mal.

Había tenido la mano escondida en el bolsillo todo ese tiempo, como esperando el momento apropiado. Ese era.

Al menos sé que ya no va a hacerlo. Si no quiere hablar, no dejaré que juegue.

Mi amiga había llevado la moca de su madre. A mí me pareció que era violeta; a Jorge le dio la impresión de ser una pelota cualquiera, incluso más triste que la mayoría, sin color.

Durante los minutos que siguieron traté de convencer a Viridiana de que se había equivocado, pero resultaba difícil hacerlo abiertamente.

¿Cómo reaccionarías si te quitaran algo importante?

Nada es más importante para mí que mi madre, me dijo. Ella debería hablar conmigo, decirme qué le pasa. Yo necesito que me diga qué tiene. Por qué está tan obsesionada con esto.

Apretó con fuerza la pelota, como si fuera una cosa viva a la que esperaba hacerle daño.

¿Y no crees que tu madre se merece un poco de espacio, luego de haber estado muerta?

Viridiana dejó de apretar la pelota.

¿Perdón?

Yo ya estuve muerto, le dije.

Ella y el resto no supieron qué decir, lo supe. Jamás se los había contado. No había querido hacerlo, no hubo necesidad. ¿Para qué? No tenía caso preocuparlos. Cada uno debía estar pasando por mucho, pensé, y había tenido razón.

A lo mejor debería darle su espacio, me dijo.

Y regresarle la pelota, insistí. No te pertenece.

No te prometo nada.

Alfredo pareció envalentonarse con lo que había sucedido y nos compartió algo difícil. Él se había mantenido callado hasta en el cuchicheo. No recordaba hacía cuánto hablé a solas con él, o quién lo invitó, cómo supo de las sesiones.

Me conoció luego de que Jorge se fuera de mi vida por un tiempo. No era mi mejor amigo, ni siquiera un amigo con el que me gustara hablar especialmente, pero él comprendía por lo que pasé, el dolor. A veces es eso todo lo que hace falta para unir a dos personas, incluso volverlas amigas: haber perdido lo mismo, llenarse mutuamente de nostalgia por cosas mejores, de las que ambos carecen; saber que están juntos en eso.

A Alfredo y a mí nos unía algo indecible, y él estaba por hablar.

Mi hermano tenía un par de años más que yo cuando lo mataron, nos dijo.

Lo siento mucho, repitieron todos.

Yo lo recordaba muy bien. Nunca supe los detalles, pero la muerte de su hermano había sido traumática para él. Un hombre le había disparado, sin más, y Alfredo se había quedado con la bala. La llevaba a todos lados como un talismán, como si lo hiciera sentirse más cerca de su hermano.

Mi hermano y yo formábamos parte de una banda, siguió diciendo. Desde muy chicos nos habían invitado a participar. Nos dijeron que podíamos estar de ese lado o de otro, pero nuestra calle y nosotros debíamos estar de alguno de los dos. Toda la calle se volvió del mismo bando, menos una casa. Por años lo dejamos en paz. Era un señor que casi no salía, casi no hablaba con nadie, muy tranquilo. No había necesidad de hacerlo parte. Luego comenzó a salir a caminar por las mañanas y por las tardes. Decía que iba por el periódico y que su médico le recomendó caminar por la mala circulación. Nosotros, por supuesto, creíamos que salía porque estaba vigilándonos. Se había unido al otro bando. Mi hermano comenzó a lanzarle cosas a la casa, a gritarle al viejo cada vez que salía, a tirarle el periódico cuando se lo topaba de regreso. Fue él quien primero lanzó piedras a sus vidrios y quien lanzó cosas por la ventana rota. El primero que entró a su casa y movió sus cosas de lugar; el primero que se llevó las que pudo. Yo fui el segundo. Fui detrás de él e hice todo eso.

Mis amigos me observaban con cuidado. Parecían preguntarme por qué él era mi amigo. Tenían miedo. ¿Eso significaba que yo también formaba parte, que estaba de su lado, e iba a hacerles lo mismo?

Era la primera vez que escuchaba esa historia.

¿Por qué guardaste la bala?, le pregunté.

Él no dejó que mi pregunta lo interrumpiera.

Una tarde salimos a dejarle en claro al viejo que ya estaba bueno, prosiguió. Le habíamos dado muchas advertencias amistosas y ya no le daríamos ni una más. Entonces el viejo sacó una escopeta y le dio de tiros a mi hermano. Tres en el tórax, uno en la cabeza, ya en el suelo. Con el primero mi hermano comenzó a sangrar y perdió la consciencia un momento. Luego, ya en el suelo, la recuperó. Tenía una bala en su boca, que no pudo dejar de mirar

entre sus dedos cuando la apartó. No sé si esa fue su moca o si fue la bala que disparó aquel viejo. No quiero saberlo. De cualquier forma, del último disparo le fue imposible volver.

¿Te disparó a ti?, le preguntó alguien, no supe quién, porque yo no paraba de mirar a Jorge a la distancia, pidiéndole ayuda, ánimo, fuerza.

Jorge respiró hondo y cerró los ojos. Parecía decirme *Necesitas hablar con ellos, tienes que ser sincero*. Todo su cuerpo se volvió más lento, quizá evidenciando la prisa con la que yo respiraba. Desde que oí que le habían disparado en los pulmones, los míos habían acelerado su aliento.

Respiré profundo y cerré los ojos.

Luego vi a Alfredo, que tenía sus ojos puestos en una bala brillante y hermosa, que no parecía una bala, sino un capullo, como el que usan las mariposas antes de ser mariposas, cuando se disuelven y dejan de existir por un momento.

Nunca se me ocurrió pensar que morir era eso, y que las mocas iban de mano en mano como mariposas haciéndonos ver el paso de las estaciones, y de la vida a la muerte.

¿Haría alguna diferencia si esa bala en tu mano fuera su moca?, le pregunté.

No, ninguna. Pero no sé si quiero creer que tuvo una segunda oportunidad, que volvió un momento de la muerte y se la arrebataron.

Los demás parecían dispuestos a gritarle que se lo merecía. Si acaso mis amigos eran los de siempre, alguno estaba por hacerlo, pensé. Alejandro, seguramente. Pero ninguno lo hizo. Ellos se tomaban en serio el asunto del grupo terapéutico. Estaban locos, y lo sabían. No trataban de negarlo.

Querían estar mejor.

¿Qué pasaría si creyeras que es verdad, incluso si no lo es?, le pregunté, tratando de ordenar mis ideas. Es decir, imagina por un momento que eso que está en tu mano es su moca, que tienes una parte de tu hermano, o la parte de la muerte que tu hermano pudo traer de vuelta cuando se fue.

La guardaría, pero ya la estoy guardando, me dijo.

¿Tú qué crees que signifique?

Aquel viejo, cuando lo detuvieron, dijo que mi hermano se había provocado sus muertes. Los policías le preguntaron a qué se refería. Él me había visto retirando la bala del cuerpo de mi hermano, absorto en ella mientras le quitaba la sangre. Aún la llevaba conmigo, apretada en mi mano como un puño. Esperaba que si lo era, si aquella cosa era su moca, me diera el poder de matarlo a golpes, atravesarle la cabeza como si fuera una bala.

¿Y lo intentaste?

¿Qué cosa?

Golpearlo.

Alfredo no parecía estar seguro de qué responder. Al final me dijo:

No, no lo hice. Hubiera querido, pero no lo hice.

Aquello tuvo sentido para mí. Alfredo jamás se metía en problemas. Ni siquiera tocaba el claxon cuando conducía. Nunca me pareció que estuviera conteniendo una pulsión agresiva, esperando el momento propicio para recordar cómo se siente ser libre.

¿Y por qué no lo hiciste?

Me olvidé que estaban los otros, que nos oían. Incluso me olvidé de Jorge. Solté el dado en mi bolsillo y usé mis dos manos para impulsarme en la silla y ponerme de pie. No podía estar sentado.

Si de verdad querías hacerlo, insistí, ¿qué te detuvo?

Supe que lo sabía por el modo en que estaba apretando la bala. Yo había sostenido así el dado las últimas semanas. Sólo

tenía que decírmelo. Podíamos compartir eso también, aunque hasta entonces sólo hubiéramos compartido el silencio y la pena. Podíamos salir juntos del hoyo en el que nos sumimos.

Pero Alfredo no me respondería aquella tarde.

Qué fuerte, me dijo Jorge esa noche, cuando me invitó a cenar. Había cosido su moca a la camisa que llevaba, usándola de botón. Según él, le daría suerte.

¿No tienes miedo de que se caiga?, le pregunté. Ya sabes, podría perderse para siempre, podrías pelearte con alguien en el bar, ya que andes borracho, y jalen tu camisa y se la lleven. ¿Y entonces qué sería de tu suerte, amigo mío, cómo la conservarías?

¿Quieres que probemos?, me respondió.

Se puso de pie y fue hasta el otro lado, donde un hombre solitario bebía y comía lo mismo que nosotros. Comenzó a gritarle, no supe qué, porque había mucho ruido. Me preparé para ir corriendo a ayudarlo si hacía falta, porque ni Jorge ni yo éramos buenos con los golpes. En realidad jamás nos habíamos peleado con nadie. No éramos esa clase de hombres. Pero la muerte le había hecho pensar a Jorge que tenía la suerte de uno de esos hombres, que pelean y pelean y pelean y siguen como si nada, que viven mucho más que los cautos, como nosotros, que no se meten con nadie y un día ya no pueden con el peso que siempre llevan encima.

Luego de un minuto o dos, me pregunté si no estaría pasando otra cosa, porque el hombre no hizo por ponerse de pie ni por responderle.

¿Qué pasó?, le pregunté cuando volvió a sentarse junto a mí.

Hizo todo lo que pudo para mantener el suspenso. Esperó hasta que ya estaba despidiéndose de mí, y entonces me susurró:

Te lo voy a contar cuando tú se los cuentes, me dijo.

Poco a poco todos fueron abriéndose más en las sesiones.

Alejandro nos contó que su moca era un tatuaje. Yo no estaba seguro de entenderlo. ¿Desde cuándo la tenía? No se lo había contado a nadie, o lo habría escuchado. Vi su tatuaje muchas veces y, aunque me parecía curioso, jamás tuve la impresión de que fuera sobrenatural.

Un día me morí, nos dijo. Infarto. Mala suerte, porque yo estaba muy sano. Siempre he sido muy sano. Mantenía impoluto mi cuerpo, ¿saben? No le metía nada que no supiera de dónde venía o que no pudiera degradarse conmigo al morirme. ¿Tú conocías este dato?, me preguntó. Le dije que no. Nuestros cuerpos tardan más en descomponerse por los conservadores y los microplásticos, continuó diciendo. Imagínate, qué le voy a andar poniendo tinta a mi cuerpo. Luego del infarto, mi querida Mayra quiso apapacharme mucho en la cama, y fue ella la que lo notó. ¿Cuándo te hiciste esta cosa?, me dijo. Ni siquiera supo ponerle nombre. Yo tampoco. Estuve enseñándolo a todo el mundo a ver si alguien sabía.

Por supuesto, yo podía recordarlo. Pasó por una fase de utilizar camisas de manga corta, según él porque estaba comenzando a ejercitarse, y aunque lo hacía, sonaba a excusa descarada. Nos repetía una y otra vez que lo viéramos, que admiráramos el gran trabajo que habían hecho en él.

Un día fui así, todo deportivo, a acompañar a Mayra por unos jarrones y unos cuadros baratos en el tianguis. Mientras caminábamos entre los puestos, un hombre que vendía vasos y cosas de vidrio me detuvo, diciéndome que ese era un excelente tatuaje de cristal, que jamás había visto uno así. Por supuesto, yo le dije que lo era, pero que si podía contarme por qué se lo parecía, no estaba mal, hasta un minuto me iba a estar ahí si resultaba interesante su plática. Y la verdad es que no supe cómo reaccionar a lo que me dijo.

Alejandro se puso de pie, se quitó la camisa y con el torso desnudo se giró para que lo viéramos. No había notado, sino hasta ese momento, que él había estado ejercitándose de verdad.

En todo ese tiempo, fue la primera vez que noté su miedo.

Mis amigos trataron de ver desde sus asientos, pero como no podían, se pusieron de pie. Pasaron para ver el tatuaje. Todos parecían tan confundidos como yo la primera vez que lo vi.

Lo que se ve es lo que hay dentro de mi cuerpo. Es como si el tatuaje de cristal fuera traslúcido desde ciertos ángulos y desde otros es un espejo. Así que mientras me ven a mí, se ven a ustedes. Es algo muy único, si me preguntan.

¿No te da asco?, le pregunté.

Él estaba alzando el pecho, presionando sus músculos para verse más tonificado.

¿Y por qué iba a sentir asco?

¿No te da pena que otros puedan ver algo así?, le pregunté. Jorge se puso de pie, y le grité que se sentara. ¡No interrumpas, Jorge! Siéntate como los demás.

Todos me miraron con miedo.

¿No te da asco que los demás vean cómo eres por dentro? Creí que no querías que supiéramos.

No voy a dejar que me hables así, me dijo. Estaba molesto, sí. Aunque podía notar que su decepción era mayor que su enojo, con justa razón. Me había sobrepasado.

No vi cómo estaba mirándome Jorge, pero lo imaginé. Lo supe al rato de que salimos, temprano esa tarde porque Alejandro se molestó, largándose iracundo, mientras el resto, que quedaron con mal ánimo, se fueron también.

No puedo creer que le hayas preguntado eso. No va a volver. Y probablemente ya no quiera ser tu amigo, con justa razón.

Él es el que tiene tatuado un espejo, le respondí, él es quien debería verse más a menudo.

Me detuve de golpe, indispuesto a ir a cenar como siempre. Apreté el dado como si quisiera romperlo, y me fui.

En las sesiones que siguieron, Jessica nos contó que en su trabajo los niños que habían muerto al nacer tenían sus moritos con ellos todo el tiempo, como si fueran sonajas.

Según las madres de hoy, los moritos son de la buena suerte, como ángeles de la guarda, talismanes. Una mamá me dijo el otro día que su hijo no iba a morir porque ya se había muerto, que la muerte no pasa lista dos veces. ¡Como si la vida fuera una escuela! Quise decirle que estaba loca, pero otra mamá dijo una tontería peor. Dijo que los moritos en realidad son una manifestación del alma de los niños, que todos tienen uno incluso si no se han dado cuenta. Que su hijo jamás murió. A ver, señora, estuve a nada de aclarar. Que los moritos vienen de la muerte es un hecho, es ciencia, hay pruebas. Pero tampoco dije nada porque el papá de una niña me confesó que el morito que ella llevaba a la escuela no era suyo, sino de él. No comprendí por qué un padre le daría a su hija algo como eso, y me respondió que era muy sencillo. Si yo me muero, eso que ella trae consigo ya está vinculado a mí, así que quizá pueda comunicarme con ella a través de la muerte. Imagínate, como si fueran *walkie talkies* o algo así. Señor, no hay señal en el mundo que alcance para esa comunicación, ¿cómo le explico? Otro señor dice que los moritos son las cosas que uno quisiera dejarles, los recuerdos que uno quisiera en el mundo, materializados, resistiéndose a la muerte. Me dijo que es normal que queramos que nos recuerden con una sonrisa, incluso si nadie más entiende por qué lo estamos haciendo.

Jorge y yo nos mirábamos.

Alejandro llegó tarde a esa sesión. Pensé que no iría. Apenas lo vi entrar le sonreí apenado. Él debía saber que no fue mi intención.

No, él no debía saberlo. Yo debía decírselo. Supe que era el momento, que aquel señor tuvo razón al hablar con Jessica, y la interrumpí.

Jorge y yo crecimos en la misma casa durante algunos años, cuando su padre se enfrentó a la justicia por matar a su madre, y mis padres fueron ante el juzgado para ofrecerse como sus tutores temporales. Su madre, como pasó con el hermano de Alfredo, había vuelto a la vida por un momento, gracias a los doctores, pero al final se acabó yendo, como si se hubiera arrepentido. Su moca no la encontraron sino hasta la autopsia, cuando vieron que se había quedado atorada en su pecho. Su forma le había hecho imposible escupirla y, por lo que sabían, la obstrucción que le provocó bien había sido la causa de su segunda muerte. Era un disco. Un juego. Cuando Jorge lo jugaba conmigo, mi consola se sobrecalentaba, y el personaje que él podía elegir para jugar era demasiado parecido a él, y el villano, a su padre. Tenía que rescatar a su madre de sus garras. Tenía sentido para mí. En ese entonces los juegos tenían rostros más o menos genéricos, borrosos. Me convencí, como hasta ahora, de que era una simple ilusión óptica causada por la tristeza. Yo me sentaba a jugar con Jorge, me pegaba a su hombro, en silencio. A veces con un control, otras sin él. En las ocasiones en las que lo dejaba hacer lo suyo, alzaba los ojos para verlo concentrado en el juego. No era extraño que llorara, pero tampoco hacíamos escándalo con ello. Como siempre perdía, le prometí que iba a regalarle otro control.

¿Qué tiene este?, me preguntó.

Es de mala suerte. Yo jugué con él por mucho tiempo y soy muy malo jugando. Ni siquiera sé lanzar un dado, le dije. Siempre que lo lanzo cae en la misma cara.

Es porque los dados sólo tienen seis caras, me dijo. Si tuvieras uno con muchas no serías tan malo. Si tú ganas, voy a ganar. Serás mi amuleto de la suerte.

Al poco tiempo me regaló un dado de cien caras. Parecía una pelota.

Es imposible que caiga el mismo número con este, me dijo. Vas a ver que ya vamos a ganar.

Pero yo seguí sacando el mismo número, incluso con aquel dado. Él siguió perdiendo.

A lo mejor si le agregas un botón, hará lo que quieras, le dije, señalando el control.

A ti no te sirvieron otras noventa y cuatro caras, ¿o sí?

Ambos nos reímos.

Luego lo encontré sobre mi cama una tarde. Ambos dormíamos ahí porque en casa no tenían otra cama. Pensé que estaba dormido y me recosté junto a él. Cerré los ojos, para no incomodarlo. A veces nos quedábamos hasta la madrugada jugando, y teníamos sueño todo el día. Yo tenía sueño ese día. Hasta que amaneció me di cuenta de que él seguía así, con los ojos cerrados.

Interrumpí a Jessica, con los ojos fijos en Jorge, sonriéndole.

No sé qué son las mocas, pero sé para qué sirven, les dije a todos.

Me puse de pie, dejando mi moca sobre mi asiento. Me aparté hasta la otra orilla, donde hubiera estado Jorge, si estuviera.

Mi nombre es Dilan. Y mi amigo Jorge murió hace muchos años. Se suicidó en mi habitación, luego de que no pudo salvar a su madre en un juego que encontraron en su pecho. No soportó perderla tantas veces. Esa es mi moca.

Jorge tenía razón. Tenía que recibir ayuda. Ahí estábamos en ese instante, esperando que las cosas mejoraran. Yo no podía ayudarlos así. Yo también tenía que aceptar mi locura.

Si la toman, puede que vean lo que yo veo, les dije.

Uno a uno, mis amigos fueron pasándose el dado. Uno a uno sus rostros se entristecieron, como si de golpe, sin apenas decir

nada, me comprendieran. Igual que con Alfredo, ya nos unía la pérdida.

Jamás los vi experimentando tantas emociones como entonces. Cuando la moca llegó a mí, la sujeté fuerte. La giré en mi mano como los antiguos lanzaban los dados para conocer el futuro, el designio de los dioses; como si pudiera obtener un resultado distinto, algo que no fuera mi amigo muerto.

En el asiento donde había estado yo, ahora se encontraba Jorge, mirándome. Su sonrisa parecía gritarme *Ganamos*, pero tan sólo me estaba resistiendo a perder más.

No voy a preguntarles qué fue lo que vieron, les dije. Sólo puedo confesarles que yo lo veo a él. Tiene mi edad. Él ha crecido. No sé cómo se puede crecer en la muerte, pero creció conmigo. No se quedó joven, como hacen los muertos, como deberían hacerlo. ¿Pueden culparme por no saber ayudarlos?

Se suponía que yo sería el terapeuta para mi grupo de amigos, pero, como les advertí, no podría serlo. Aquello era una locura, todos lo sabíamos.

Lo siento, le dije a Alejandro, todavía fuera del círculo de las sillas, pasmado, con la boca medio abierta y los ojos fijos en mí. No fue mi intención lo del otro día. Me alegra que hayas vuelto.

Apartaron las sillas y compraron un montón de comida.

Es una fiesta, me dijo Alejandro.

¿Qué estamos celebrando?, le pregunté.

Tu cumpleaños. Al final nunca te hicimos una fiesta, me dijo.

Cuando tocó brindar, yo lo hice por los muertos. Por todo lo que no podemos traer de vuelta con nosotros, ni aunque vayamos ahí.

De pronto ya todos nos habíamos dado de alta de aquella locura, como si tan sólo hiciera falta celebrar. Darnos cuenta de que no podíamos hacer nada nos quitaba ese peso. O debía hacerlo.

Mientras los demás conversaban, ya en otro ánimo, Alfredo se acercó hasta donde estábamos Alejandro y yo, y me dijo que ya sabía la respuesta.

¿Qué respuesta?, le dije.

El otro día me preguntaste qué me detuvo de golpear al viejo que mató a mi hermano, y no supe responder. Creo que ahora lo sé.

Se acercó hasta mi oído, para que nadie más escuchara, luego se apartó otra vez y habló en un volumen perfectamente audible. Apretó el hombro de Alejandro, todavía junto a nosotros. Me sonrió. A fin de cuentas, ya todos ahí eran sus amigos también.

No quería ser como mi hermano, me dijo. Si lo seguía, iban a matarme también.

Los tres nos quedamos en silencio.

Alejandro fue el último en despedirse. No contó su gran revelación, pero me sonrió varias veces, incluso me recordó a Jorge por un momento.

Sabes que soy tu amigo y que puedo hacer por ti lo que tú hiciste por nosotros, ¿verdad? Bueno, lo que trataste de hacer.

Asentí, agradecido, y no dijimos nada más.

Esa noche, a punto de dormir, recibí un mensaje de Viridiana. Ella había faltado a la última sesión. Pensé que se había ido por el modo con el que traté a Alejandro o a ella. Que no iba a perdonarme.

“Mamá y yo hablamos. La pelota es de mi hermana. Todo estará mejor”.

Yo no sabía que tuviera una hermana. Debió de morir cuando era muy pequeña. Una pelota es un buen juguete para un bebé.

Sujeté otra vez mi moca y la hice rodar sobre la cama. Jorge se apareció junto a mí. Hacía años que no rodaba mi moca dentro de casa. Yo también era un bebé cuando se trataba de aceptar la muerte. No le dije nada. Tomé el botón de videojuego que él llevaba en la camisa y lo coloqué en mi control. Hice como si lo

hiciera, en realidad. Para la buena suerte, pensé, y él asintió, como leyéndome el sentimiento.

Mientras jugaba, él puso su cabeza sobre mi hombro. Se quedó conmigo toda la noche.

¿Ya vas a decirme qué fue lo que le gritaste a ese hombre?, le pregunté. Al hombre del bar. Era obvio que el hombre no podía escucharlo. Jorge lo sabía. Debió gritarlo para mí, y yo quería escucharlo.

Le dije que éramos unos perdedores y unos niños, pero que ya no seríamos ninguna de las dos. Que vendrían cosas mejores si te atrevías a hablar.

Luego, mientras se iba quedando dormido, me dijo:

Al fin te hice ganar.

Esa noche gané todas las partidas. Salvé a su madre por él.

Cuando Jorge se quedó dormido, con una sonrisa en su cara, rodé el dado en el suelo, sabiendo que jamás obtendría de él un resultado distinto. Al día siguiente conseguiría un terapeuta.

DANIEL CENTENO (Los Mochis, Sinaloa, 1991). En 2017 obtuvo mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento “Juan José Arreola” y en 2019, el Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción. Fue becario del FONCA (2017-2018 y 2022-2023) y del PECDA Jalisco (2020-2021). Es autor de *No hablaremos de muerte a los fantasmas* (2021).

Princesas para armar
(fragmento)

Anaclara Muro

Una princesa tiene que ser hermosa
caminar erguida
complacer

Cuando una princesa
está demasiado fea para ser vista
los pretendientes entran uno a uno
con los ojos tapados
para romper la nuez
romper el hechizo

tuvo que haber sido una bruja malvada
una rata envidiosa la que
le hiciera algo así
a la princesa

pero
qué es la belleza

XVI

23 horas

59 minutos

50 segundos

10

9

8

7

6

5

4

3

2

El llanto
desconsolado
incomprendido
triste
solitario
angustioso
melancólico
de los dieciséis
nadie entiende
nadie
en
tíen
de
que podría ser
el amor verdadero
el amor verdadero
el amor verdadero

No me cuentes, Clara, tus penas, esta noche ni la que sigue, ni la otra, ni en cien años, ya estás grandecita y tus problemas no son mis problemas, búscate a alguien que no te juzgue, porque yo no entiendo por qué sigues conmigo si yo no entiendo por qué lloras, por qué no estás feliz si estamos juntos y yo, pero no te preocupes porque el amor sí existe, no siempre en las películas muestran la mejor parte

Clara abraza su muñeca
se encuentra con los ojos de vidrio
quién es ella cuando no están juntas
qué siente debajo de todos esos holanes

Clara sabe que su muñeca la escucha cuando llora por las noches
piensa que la comprende, hasta cierto punto
porque qué podría saber ella
con su vida de muñeca
sus trenzas de muñeca
su vestido de muñeca

Clara piensa en la vida apacible y suspira

Es cierto que ya no se ve tan nueva como antes
su cabello está un poco revuelto
su cara opaca
el vestido manchado
pero qué daría Clara por la seguridad de existir como muñeca
ser bella siempre y recostarse en una cama para ser admirada
y querida
sin que nada más importe

Y todos a dormir hasta que Rosita despierte
digo Aurora
digo Clara
digo esa bella que dormía y no roncaba
Pero
todos a la cama
porque mañana
no mañana
sino otro día
porque todo alrededor
de la princesa
gira
gira
gira

Ay mamá ya quiero que sean mis quince
que todos me vean
mi día especial
uñas pintadas
vestido brillante
Quiero que su vida
la de todos toditos
a mi alrededor
gire
gire
gire
como chambelanes mal-
humorados
que obligaron
un dos tres un dos tres un dos tres*

* Disney no
determina
no
nuestra sexualidad
no
nuestras esperanzas
no
frustradas por los próximos 100 años
hasta que un príncipe
o un golpe
nos despierte.

ANA CLARA MURO (Zamora, Michoacán, 1989). Es maestra en Estudios Históricos por la UAQ y editora en Palíndroma. Escribió *Princesas para armar* y *No ser la power ranger rosa*. Dirige el proyecto audiovisual *Vulvatómicas*.

El ombligo

Marilinda Guerrero Valenzuela

I

El escarabajo pelotero desplaza sus seis patas a través del túnel. Caen pequeños derrumbes, el suelo tiembla. El escarabajo anda con cuidado, busca alimento para sus larvas. La arquitectura se modifica demasiado rápido. Antes era una línea recta. Ahora hay ángulos rectos, curvas, depresiones. Afuera, la lluvia es escasa. Al salir, una fuerte agitación lo obliga a ocultarse. Su pequeño cerebro percibe la sensación del viento. En la superficie, continúa su camino lejos de una enorme cicatriz, un ombligo que quedó en la tierra, el sitio donde por muchos años excavó una empresa minera.

El escarabajo pelotero rodea la orilla del agujero. Un viento oblicuo surge del fondo, lo llama. Lentamente desciende y poco a poco se hace más fuerte la sensación, la certeza de que ahí dentro hay alimento. Cada paso dado es un paso más a una fuente de nutrición para él y su nido. Su corazón bombea rápido. Agiliza el paso. La lluvia arrecia. No se preocupa, tiene un tórax y una cabeza impermeables. Puede abrir surcos en la tierra y esconderse si fuera necesario. Posa sus patas sobre el remanente de un folleto que aún muestra fragmentos promocionales del ferroníquel de esta mina.

Con sus patas, sigue el trayecto de las letras. Marca una N, luego la U, sigue hasta formar la palabra “Nuestros”.

Nuestros aceros inoxidableables están hechos de decisiones duraderas que aportan valor económico agregado medioambiental y social al construir un mundo más limpio y seguro para todos y que ayuda a triunfar a las empresas, las personas y las comunidades.

El viento azota más fuerte. El escarabajo ancla con fuerza sus patas al suelo. El pedazo de papel sale expulsado del agujero. El viento que proviene del fondo se manifiesta como el aleteo asincrónico de miles de alas, como si muchos pájaros aprendieran a volar al mismo tiempo.

Cae la noche y el lamento de algunos chiquirines. Venus brilla con decisión en el firmamento. Los sonidos de animales desde hace mucho tiempo desaparecieron, pero, conforme el escarabajo se acerca a las entrañas del agujero, el viento palpita con ritmo, fuerza, música, como si una ola de varios metros quisiera salir disparada al océano de la noche. Ante los ojos del escarabajo, miles de alas unidas a gusanos con brazos, piernas, manos y pies se estremecen.

Aspira olor a muerte. Sabe que va en la dirección correcta.

II

El inicio: las apariciones

Después de varios meses de explotación, surgen los primeros fragmentos. Al inicio pasan desapercibidos. Luego, trozos de piel viajan por los equipos de excavación a cintas transportadoras, son lavados, arrastrados por el río para salir expulsados en la forma de una mancha de colores rojo, naranja y ocre, la que los pescadores, entre asombro y asco, ven distorsionarse por el oleaje del lago. Al bajar las manos al agua, después de escuchar unos golpes secos en

la base de las lanchas de pesca, los pescadores palpan cadáveres de lagartos, manatíes, peces, tortugas, que flotan a la deriva. En ese momento, en la mina, los minerales extraídos se cubren de un líquido marrón, viscoso, con un hedor que se enreda, plastifica, vuelve los movimientos de los trabajadores cada vez menos ágiles, difícil de remover de las ropas, nariz, pulmones. Algunos vecinos del pueblo detectan un torso sembrado en posición vertical dentro del pasto, detrás de la casa azul con techo amarillo. Cuando intentan removerlo, sus raíces no lo permiten; el torso emana un grito muy agudo seguido de un llanto suave, y de él brota agua.

III

El centro comercial

El sitio se declara inhabitable gracias al gobierno. Poco tiempo después de esta declaración, sin consultar a nadie, aparece una pared alta que oculta la entrada de la mina. La pared se multiplica hasta formar un gran cajón con espacios para ventanas. Sobre el cajón aparece un techo, y una mañana un gran centro comercial sorprende a los pocos habitantes del lugar.

La arquitectura interna del centro comercial trae varios comercios novedosos. Sus dos niveles, con largos, curvos y amplios pasillos similares al cuerpo de una serpiente, con colores brillantes, manifiestan cierto tipo de alegría para atraer potenciales clientes. El suelo se ilumina al modo de las luciérnagas, luces que parpadean con cada paso y de alguna forma provocan una necesidad de consumir cualquier cosa.

Y afuera, entre las sombras creadas por la luz que incide en una esquina, entre la puerta de entrada con una de las robustas

columnas que sostienen las letras *shopping mall*, se encuentra oculta una señora que vende tortillas. “Cuatro por un quetzal, aproveche”.

Frente a ella, en medio del parqueo, una gran estatua de un escarabajo pelotero da la bienvenida a todos. Algunos niños señalan la escultura. Los chiquillos a los que les parece intimidante lloran; otros observan detenidamente sus detalles. Pero nadie percibe el olor ácido en sus gargantas.

Con el centro comercial llegan la señalización, los semáforos, las carreteras asfaltadas. La civilización, dicen algunos. Nadie habla de la mina y la montaña. Las casas se iluminan con electricidad y los horarios de trabajo se alargan para muchos.

IV

El tributo

Una joven, de nombre Itzel, se sienta en una banca del centro comercial y se recuesta contra una columna para leer una novela histórica aburridísima, ambientada en el siglo XV, que uno de sus novios le regaló. En el capítulo cuatro el autor hace una descripción arquitectónica de la iglesia principal del pueblo, e Itzel se queda dormida.

En el sueño, ve su cuerpo flotar dentro de un líquido que mece y acaricia su piel, volviéndola transparente. Puede ver la circulación de la sangre, los órganos en función, la transmisión nerviosa. Cuando abre los ojos, horrorizada se percata de que está en un campo, recostada contra un árbol que en realidad es un torso. Las ramas, brazos que la rodean, la elevan. Del suelo surgen varios escarabajos, así como frijoles con apéndices como patas; entran

en su garganta mientras es enterrada. Los osteoclastos en los huesos de sus piernas y brazos devoran sus radios, cúbitos, húmeros, fémur, falanges, huesos articulares. Los frijoles dentro de su garganta extienden sus apéndices, cortan su cabeza y cae.

La cabeza de Itzel puede ver su corazón latir, cómo la sangre a través de las válvulas y ventrículos aminora su paso. Su capacidad de seguir con los ojos abiertos disminuye. Sus ojos se cierran.

Varios escarabajos peloteros toman sus cabellos, jalan su cabeza y la llevan despacio, detrás y debajo del centro comercial, al ombligo de la cicatriz que sigue abierta, la que dejó la mina.

V

Nikté

Voy a conocer el centro comercial; veo a la tortillera con la oreja derecha en el suelo. Me acerco a preguntar si le sucede algo y también si me vende un quetzal de tortillas. “Mire, seño, si pone la oreja en el suelo, se puede escuchar la inspiración y espiración de la montaña, su dolor”. Luego se levanta, regresa a su puesto. Toma la cantidad de tortillas del canasto y me la entrega dentro de una bolsa plástica. “No tengo bolsas de papel, prometo conseguir pronto, seño”. “No tenga pena”, respondo. De pronto la señora coloca su mano derecha como amplificador de sonido detrás de la oreja derecha: “Escuche cómo gime el viento, seño. ¿Usted no siente el dolor que arrastra, como que le cae a uno encima?”.

Más tarde, en casa, escucho la noticia de la desaparición de Itzel. Sueño con moscas que cubren mi torso. Justo esa semana aparecieron nuevos torsos sembrados, el viento podía sentirse pesado. Recuerdo lo que había dicho la señora de la venta de tortillas.

Itzel y yo éramos amigas desde muy niñas y sabía que no tenía familia que preguntara por ella. Amanece demasiado temprano. Me levanto, salgo sin desayunar. Para mi sorpresa, no hay tráfico, los buses van demasiado vacíos y los choferes cumplen su tiempo en cada parada. Llego mucho antes de que el centro comercial abra. Pienso para mis adentros que si la señora no está, le hago tiempo, igual el trabajo en casa puedo empezarlo un poco más tarde. Pero ahí está en su pequeña champa improvisada, con una mesa y dos sillas. Tiene lista la venta de chuchitos, tamales, atol de elote, panes con chile. Me acerco, le doy los buenos días y le pido un vaso de atol de elote y un pan con chile.

Mientras la señora me sirve el vaso con atol desde una olla de varios litros de profundidad, dice: “¿Sabe que muchos del pueblo se alimentan de los seres que hicieron que la compañía minera se fuera? Los que quedaron al fondo del agujero. Yo vi a uno de mis vecinos arrancar a medio día uno de los torsos detrás de un roble cercano a su casa. Horas más tarde tocó a mi puerta y llevaba un pequeño plato con guiso para regalar. El olor era delicioso”.

Me da el vaso con atol; me dispongo a tomarlo.

“Créame, qué sabor más dulce el de esa carne. Era dócil, fluida, ligera, como agua de río. Luego de comerlo vi cómo mi piel morena comenzó a brillar y mis ojos adquirieron la capacidad de ver, a través de la noche, cómo los escarabajos peloteros llevan comida a sus nidos, allá donde está la mina”.

No sé qué decir, qué responder. Mientras la señora habla, recuerdo las historias de la mina, la sequía, lo que contó mi abuela de niña. Recibo mi quetzal de tortillas y el pan con chile. En ese momento llegan varios comensales, trabajadores del centro comercial. Todos se ven cansados, pálidos, ojerosos en contraste con la señora, que se ve muy lozana, morena, bien alimentada. La veo meter sus manos dentro del delantal, sacar

un Maximón de bolsillo, me lo muestra y dice: “Por eso ando siempre protegida”.

Me levanto, entro al centro comercial y veo hacia la mina a través de una de las ventanas. La luz que incide sobre el cielo cambia de dirección hasta mostrar nubes que parecen estirarse y terminar en pequeñas curvas sobre el agujero de la mina. Las nubes cambian a color gris, se ven más densas, forman una especie de remolino que abre su boca para dejar caer pequeños bultos que simulan ser carne. Volteo para ver a mi alrededor. A nadie parece importarle lo que sucede afuera. La música de los pasillos del centro comercial y las risas desde las mesas de los restaurantes contrastan con el clima y lo que acabo de ver. Salgo y no encuentro la venta de la señora de las tortillas, pero puedo alcanzar a ver su silueta caminar a la parte trasera del centro comercial, en dirección a la mina. Decido seguirla.

Conforme me alejo del centro comercial, el cielo se aclara de nuevo como si nada hubiera pasado. La vegetación cambia, el pasto se siente chicloso, cada una de mis pisadas se hunde en el suelo, la presencia de escarabajos peloteros crece en número. Pronto se muestran varios torsos humanos sembrados en el suelo, marcando una especie de sendero que llega hasta un agujero en el cielo. Al acercarme caen cientos de masas gelatinosas al suelo. Algunas rozan mi rostro, dejan ligas sobre mi piel. La señora de la venta no se encuentra. Bajo la mirada. Frente a mis pies, una bola de piel con gelatina se mece en varias direcciones. Me agacho a tomarla. Sobre mis manos se mece, emite ronquidos cortos. Parece reírse. El suelo se abre a estas masas para guardarlas. La pequeña masa en mis manos parece verme y regreso a casa con ella en la bolsa.

VI

El árbol

Uno, dos, tres, veinticinco, sesenta, ochenta y cuatro cabezas han sido llevadas a la parte trasera y debajo del centro comercial. Lo sé porque desde que volví puedo ver a través de los ojos de los escarabajos peloteros. Ellos han creado cada vez más nidos, más larvas. Puedo ver cómo de los torsos sembrados surgen ramas. Sus frutos mecen la cola, cuerpo y cabeza en varias direcciones. Luego crecen, evolucionan y se alimentan de los tejidos muertos que a veces rondan la cicatriz de la mina.

Todas las tardes observo desde la ventana de mi casa la entrada del centro comercial. Cuando el cielo está gris y ha llovido en dirección vertical, puedo distinguir la silueta del rostro de un enorme escarabajo pelotero en el parqueo, cuya espalda da a la mina y observa con sus antenas a todos los que entran. Sé que me mira, porque puedo ver mi reflejo en sus ojos. También la veo a ella, a la señora que vende tortillas. La veo verme. Cuando eso sucede, el pequeño árbol de carne que sembré en una maceta de mi cuarto se mueve, como si escuchara el llamado de su madre.

MARILINDA GUERRERO VALENZUELA (Guatemala, 1980). Sus libros más recientes son *Escenarios de un mundo paralelo* (Letra Negra, 2012), *Voyager* (Subversiva, 2015) y *Cuando las flores aprendieron a bailar polca* (Cuentos bien trulis, 2020). Fue incluida en la antología *Cuerpos, relatos eróticos por mujeres* (F&G editores, 2015). En cuanto a literatura infantil y juvenil, publicó la novela corta *Odisea de tres mundos* (Santillana, 2016) y el libro de cuentos *Sector 23* (Editorial Cultura, 2019).

La ruptura

Judith González Pérez

Hacia ya tiempo que no me acordaba de ella. Los corazones de Haterciopelo pegados en los vidrios de las tiendas me la sacaron trabajosamente del rincón de la memoria en el que la embutí.

“Tere, para los amigos”, nos dijo cuando se presentó. Nos dio la confianza de hablarle de *tú*, pero yo nunca lo habría hecho. Me dirigía a ella siempre con mucho respeto y seriedad. No era como ninguna de las maestras que yo había tenido. Se sentaba en el escritorio, que, en ese momento, se convertía en la cómoda jaula de una leona de movimientos sensuales. Su cuerpo estaba hecho de una penetrante esencia de romero y menta, y un pedacito oloroso de ella se adhería a los trabajos que nos calificaba. Daba la clase con una pasión que no permitía distraerse; es más, el tiempo no alcanzaba para todo lo que nos tenía que decir. Entonaba cuentos o poemas que retumbaban en todo el piso de la prepa, o murmuraba y sus palabras viajaban trabajosamente hasta nosotros, o se le descomponía la cara y se le pintaban de vidrio los ojos. Una vez trajo el poema de una rusa o una polaca o algo así.

Mirad a los felices:

¡Si al menos se escondieran un poco,
si fingieran agobio para reconfortar a los amigos!
Escuchad cómo ríen: es una afrenta.
En qué lengua hablan, al parecer comprensible.

Y esos ceremoniales, esos miramientos,
esas primorosas y mutuas atenciones,
¡diríase un complot a espaldas de la humanidad!*

Su cuerpo recreaba las palabras y me hechizaba. Entonces empecé a hacerme ilusiones. Antes de dormir, me imaginaba que ella les pedía a mis compañeros que nos dejaran solos, para luego invitarme al escritorio a descubrir misterios de adultos. Y ya en mis sueños, el escritorio se hacía tan grande como mi cama y yo tenía en mí su aroma, porque mis trabajos con sus notas estaban debajo de la almohada. La escuchaba declamar con voz ronquita los poemas de la clase. Esa Tere era mi maestra en el arte de besar y de tocar.

El Día del Amor y la Amistad mis amigos Leobardo y Rodolfo querían ir al Calvario. Ellos tenían novia, pero yo no. Mis padres me lo habían prohibido. Yo era el primero de toda mi familia de campesinos que había salido del pueblo a estudiar a la prepa 1 de Toluca, y no querían que me pasara lo que a mis primos, que se habían casado muy jóvenes y a los veinte años ya eran padres de familia con obligaciones, con problemas.

Yo no conocía el famoso Calvario, y por mera curiosidad terminé yendo, pero la verdad es que me daba miedo irme de pinta. Me convencieron con la promesa de que regresaríamos a la clase de redacción para entregar mi tarea.

A fin de darle seriedad a la celebración, Rodolfo había comprado unas caguamas. Subimos a buscar un kiosco, escogimos el menos sucio y empezamos a brindar por nuestra amistad. Yo nunca había tomado y la cerveza me supo feo, pero me dio pena confesarlo. Luego me sentí muy contento, al ver los colores más vivos y al escuchar los sonidos más lejanos. Me llegó mucha

* Fragmento de *Amor feliz*, de Wislawa Szymborska.

paz, mucha calma. Leobardo y Magali se fueron detrás de un árbol. Rodolfo se fue con Valeria a otro kiosco y se metían mano. Ahí estaban ellos en “un complot a espaldas de la humanidad”. De pronto comprendí lo de “esos ceremoniales, esos miramientos, / esas primorosas y mutuas atenciones”. Regresé corriendo a la escuela, a mi salón, y abrí la puerta de un golpe. Ahí estaba mi Tere recogiendo las tareas.

—Adelante, Javier, pasa. Si trajiste el poema, entrégamelo ahora, por favor.

No me moví. Desaparecieron los alumnos. Ahí estábamos ella y yo, solos, a punto de entrar a nuestro Calvario-Paraíso. Se sentó en el escritorio y puso el montón de papeles a su lado, tocando su cadera.

—Adelante, Javier.

Una caguama me había convertido en todo un hombre.

—Te amo, Teresa. Te amo, no como alumno, sino como lo que soy.

De pronto cuatro manos me jalieron. Mis amigos se habían dado cuenta de que me eché a correr como loco sin fijarme en los coches, y vinieron detrás de mí.

—¿Está bien?

Ella sabía que no.

—Sí, sí, está muy bien.

—Llévenselo y denle agua o un café.

Me arrastraron hasta las canchas.

—No chingues, güey, no sabes tomar; de haber sabido, no te invitamos, cabrón.

—¿Qué le dijiste a la maestra que todo el salón tenía cara de *what*?

La vergüenza me dictó la respuesta.

—¡Ni sé!, ¿no ven que vengo pedo?

—Ah, sí es cierto.

Aquella noche, humillado y derrotado, le expliqué en mi sueño a una afligida y suplicante Teresa que, a pesar de lo que le había dicho, lo nuestro definitivamente tenía que terminar.

JUDITH GONZÁLEZ PÉREZ (Toluca, Estado de México, 1971). Cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.



DESCARGA LOS LIBROS DE LA COLECCIÓN EN MARTE APARECE TU CABEZA EN GRAFOGRAFXS.UAEMEX.MX



BRAUTIGAN • MOSCARDI • CASTRO • GASCA • GARCIA
CENTENO • MURO • GUERRERO • GONZÁLEZ • ARIAS

